

## **4 AÑOS EN EL OPUS DEI COMO NUMERARIA AUXILIAR**

**AMAPOLA, septiembre de 2004**

1. Preámbulo
2. La ilusión de poder seguir estudiando
3. El viaje
4. Las camarillas
5. Los primeros días
6. Las asignaturas
7. Descripción del internado donde me había metido
8. El pasadizo
9. Ocupaciones
10. Marcar, con aguja e hilo, la ropa sucia
11. Las añoradas cartas
12. Las fiestas de Basape
13. El descanso de las señoritas
14. Plan de vida
15. Unos días de ilusión
16. Vuelta a mi futuro
17. La visita de mis tíos
18. Excursiones
19. Contradicciones
20. Mentiras
21. Datos de las empleadas
22. Olvidada
23. Y... PITÉ
24. La primera y última visita de mi madre
25. El consentimiento
26. Segunda convivencia
27. Viaje a Pamplona para conocer al Padre
28. El centro de estudios
29. Viaje a lo desconocido
30. Molinoviejo
31. Viajes de recreo
32. Cartas abiertas y leídas
33. Permiso para lavarse el pelo
34. Agobio
35. Una labor inútil
36. La hacedora de cilicios
37. La pulsera
38. La comunión de Margarita
39. Recibir y no dar
40. El no regalo
41. Cumpleaños
42. Las flores
43. Deterioro intelectual
44. El elefante rosa
45. Pabellón

46. Soledad
47. Me extrañó encontrar al sacerdote en las camarillas
48. Malestar físico
49. Nadie me echó de menos y no me trajeron comida
50. A pescar
51. Peor que en una cárcel
52. No me merecía ni el pan que comía
53. Como un secuestro
54. No se me permitió despedirme de nadie

Tras escribir "El día a día de una numeraria auxiliar" han sido muchas las personas que se han interesado en saber más cosas sobre mi historia dentro de la Obra, por lo que he decidido (cambiando mi nombre por el de Amapola; el del pueblo donde vivía por el de Basape; y el de algunos amigos y compañeras por el de sus iniciales), intentar relatar lo que viví.

### **LA ILUSIÓN DE PODER SEGUIR ESTUDIANDO.**

Cuando cumplí 14 años (justo cuando empezaba a entender lo que se me enseñaba, cuando prestaba atención, cuando no me costaba trabajo asistir a la escuela), mis padres decidieron, por mí, que debía dejar de estudiar y me colocaron en una tienda de ropa y otros artículos.

Un día, cuando llevaba nueve meses en ese establecimiento, la cajera me envió a un banco cercano, como otras muchas veces, a conseguir cambio monetario. Fue allí donde me encontré a F. U., una vecina mía, un año menor que yo, que me contó que se iba a Barcelona, pues la directora de la escuela donde habíamos estudiado le había conseguido un lugar donde, por limpiar la residencia de unas señoritas, le darían estudios.

-¿De verdad que no tendrás que pagar nada?

-Claro que no, al contrario, ellas me pagarán a mí.

-¡¿Sí?! -exclamé asombrada. -¿Crees que me admitirán a mí también en esa residencia?

-No lo sé, habla con doña M. M. -dijo-, ella es la que me ha buscado ese trabajo.

Primero convencí a mis padres y luego subí al colegio con una desmedida ilusión latiéndome en el pecho. No fue difícil conseguir un puesto en aquel desconocido y fantaseado lugar. Todo fue fácil. Mis padres no indagaron, yo, que estaba a punto de cumplir quince años, no indagué, y doña M. M. no sé si indagó, pero desde luego no me puso al corriente de que no eran nada corrientes las personas a las que les iba a confiar mi ignorancia.

Una tarde de aquellas de la ilusión, me encontré a C. S. (otra vecina y amiga mía), y le transmití mi entusiasmo de tal forma que, automáticamente, se apuntó a venir conmigo al "país de jauja". Así que cuando, Marta Sevilla, la directora del lugar a donde íbamos a ir, vino a buscar a F. U., nos prometió que unos días más tarde nos vendría a recoger. Regresó a por nosotras el 20 de junio de 1966. Recuerdo la fecha exacta porque sólo hacía cinco días que había cumplido 15 años.

C. S., dos días antes, se echo para atrás (¡ojalá hubiese echo yo lo mismo!), por lo que Marta, que venía a por dos peces, sólo pudo llevarse uno. ¡Que Dios perdone a esa pescadora ("A mí me gusta la pesca, pero pesca SUBMARINA, que perseguir a los peces, es una cosa divina...", con el tiempo me enseñarían estas estrofas y el resto de la canción), a ella y a toda su dañina secta!

## **EL VIAJE**

Un autobús nos llevó a Micast y allí tomamos un tren que nos conduciría a Barcelona. Yo, hasta entonces, siempre había viajado en ferrocarriles de duros asientos de madera, pero Marta, sin duda, debía de ser una mujer rica, pues pudo costearnos unos mullidos y cómodos pasajes en el Talgo y, en el año 66, eso era un verdadero lujo. Durante el trayecto me pidió que cuando fuese a llamarla o mencionarla, dijese SEÑORITA primero.

Recuerdo que ante ella me sentía cohibida, era mi superiora y yo no tenía ningún tema de conversación que compartir con alguien que no era de mi mismo nivel, ni siquiera con mis padres había mantenido una charla normal, ellos sólo me hablaban para reñirme, para criticarme o para darme órdenes.

También viene a mi mente el nudo de mi garganta y el deseo tan apremiante de llorar por lo que dejaba atrás (había dos chicos que me gustaban, Carlos y Juan, sobre todo el primero, y una amiga: Isabel, con la que había disfrutado de agradables paseos, tardes de cine y alegres confidencias de nuestra recién estrenada juventud. Adiós Isabel, adiós Juan, adiós Carlos), pero necesitaba que ella pensara que yo ya era mayor y no una mocosa llorona. Sonándome constantemente la nariz conseguí disimular mi congoja.

Ya oscurecía cuando llegamos a Barcelona.

Primera sorpresa: Antes de salir del tren se me puso al corriente de que en Barcelona sólo dormiría una noche, la residencia a la que iríamos al día siguiente, se hallaba en San Cugat del Vallés.

Segunda: Marta, nada más entrar en el piso donde yo creía que pasaríamos la noche, fue hasta una puerta, la abrió y, arrodillándose, hizo la genuflexión. Desde el lugar donde me hallaba no podía ver lo que había dentro de aquel cuarto, por otro lado, lo que ella estaba haciendo sólo lo había visto hacer ante un Sagrario y, en aquellos momentos, jamás hubiese imaginado que dentro de un domicilio particular pudiese encontrar uno.

¿Qué estaba pasando? ¿Con qué extrañas personas había ido a parar?

-Ven Amapola -me dijo-, saluda al Señor.

La habitación era un oratorio y, sí, había un Sagrario allí dentro.

Tercera: Apareció F. U. vestida con un uniforme de sirvienta y, en lugar de regocijarse saltando y riendo de alegría al verme, a mí: a su vecina, a su amiga, a su paisana, a alguien que hacía casi un mes que no veía y podía contarle cosas de su pueblo..., de su familia... En vez de eso, me saludó fríamente como si fuese la primera vez que nos veíamos.

Cuarta: Después de los saludos se me comunicó que en aquella vivienda no había cama para mí, por lo que Marta me acompañó a otra de sus casas, se llamaba Monterols, y me dejó en manos de la "señorita" que salió a abrir la puerta, que, evidentemente no sabía que yo iba a llegar pues ni siquiera me había preparado cena.

Íbamos, la extraña y yo, en el ascensor que nos conduciría al piso donde estaba mi cama (¡todo el bloque era suyo!), cuando me empezaron a hacer ruido las tripas, y entonces, gracias a Dios, cayó en la cuenta de que yo no había cenado.

## **LAS CAMARILLAS**

Yo entonces no sabía que Monterols era un Colegio Mayor de estudiantes (sólo chicos), y que las "señoritas" se dedicaban desde la administración (se llamaba así a la parte, aislada del colegio, donde estaba la servidumbre), a dirigir a las sirvientas de aquella institución. También desconocía que el colegio y las "señoritas" pertenecían al Opus Dei, no había oído hablar nunca de esa secta (ellos niegan ser una secta, pero lo son), tampoco había oído mencionar a José María Escrivá de Balaguer, hoy san Josemaría.

En ese colegio y entre esa gente me encontraba en aquellos momentos, pero yo desconocía totalmente esas circunstancias, no sabía que aquel edificio era un Colegio Mayor y jamás hubiese creído que alguien estuviese al acecho para captar personal que les hiciesen de criados gratuitamente.

-¿No has cenado? -Me preguntó amablemente la señorita.  
-No. -Contesté con timidez.

En este momento no recuerdo si aquel día, al medio día, había comido, supongo que mi madre me habría puesto algún bocadillo para tomar en el tren, pero no me viene a la memoria. Cuando paró el ascensor, la señorita volvió a presionar un botón del rectángulo de mandos y éste comenzó a descender.

-Vayamos a la cocina -comentó la extraña-, no creo que quede nada hecho pero te prepararé una tortilla.

Nunca había visto una cocina tan gigantesca, ni unos fogones tan..., grandes, ni unas ollas tan inmensas.

Me dio vergüenza de que la señorita a quién se suponía yo debía de hacerle los trabajos, se molestase en prepararme la cena. Charlamos, no sé de qué, mientras comía, y a continuación me acompañó de nuevo al ascensor. Subimos al piso más alto y, después de un tramo de escaleras, llegamos a un pasillo donde no encontró el interruptor de la luz y chocamos con unas escobas y fregonas dejadas a la vuelta de una esquina. La señorita me mostró la cama donde dormiría y, dándome las buenas noches, desapareció por donde habíamos venido. Me quedé sola en una extraña habitación con muchos tabiques que no llegaban al techo y que formaban unos diminutos cubículos donde sólo cabía un somier empotrado de pared a pared.

En lugar de puerta, cada alcoba estaba flanqueada con una floreada cortina. Aquella noche descubrí lo que era una camarilla.

Supongo que mirado desde arriba, aquel lugar (quizás sí hubiese alguien observado y estudiando por un agujero -como si fuésemos ratoncitos de laboratorio-, el comportamiento de las chicas), parecería un laberinto para roedores.

Tardé en conciliar el sueño, tenía ganas de desandar todo el trayecto y todos los pasos que me habían conducido hasta aquel lugar. Mis fantaseadas imágenes sobre aquella casa donde estudiaría para hacerme una mujer de provecho, no coincidían con lo que estaba viendo y viviendo. Se empañó mi mirada pero no quería derramar lágrimas ni chemecar. Sería valiente. Era necesario evitar que alguien pudiera oírme. ¿Habría alguien detrás de las cortinas de las otras camarillas? Dejé de tomar aire un momento para poder escuchar las respiraciones de las posibles compañeras de alcobas, pero sólo se oía un abrumador silencio.

Estaba sola.

Cerré los ojos permitiendo que dos tibios arroyos de líquido salado recorrieran mis mejilla y se introdujeran en mi boca. Pensé en Carlos, en Juan, en Isabel... Me dormí llorando.

Aún no eran las ocho de la mañana cuando un desacompasado rumor de perolas y otros enseres me sacó de los brazos de Morfeo. Salté de la cama.

¡Dios! ¿Qué se suponía que debía de hacer yo? Nadie había venido a despertarme. ¿Estarían pensando que yo era una dormilona que no se presentaba a su hora en su lugar de trabajo? Pero..., ni Marta ni la otra señorita me habían dicho mis cometidos en aquel lugar. Me aseé y esperé sentada en la cama. Nadie me venía a avisar, ni para desayunar, ni para nada.

Me atreví a salir al pasillo que daba a la escalera. Desde allí se escuchaba más nítidamente el ruido de platos. ¿Qué hago?, ¿bajo aunque no me hayan llamado?, ¿estarán esperando a que me presente sin ser llamada? Bajé un tramo de escaleras, luego otro y, donde vi una puerta abierta, entré.

Me encontré a una chica de lánguida mirada y marchita sonrisa, que estaba cortando lonchas de jamón de york en una máquina. Calculé que tendría un año o dos más que yo. Me extrañó su seriedad.

-Buenos días -dije acercándome a ella.

Me devolvió el saludo pero no me preguntó "¿Quién eres?, ¿qué haces aquí?", o cosas por el estilo, se suponía que ella no debía de saber que yo estaba en aquella casa, pero no se inmutó. Le pregunté si la podía ayudar e, inmediatamente, me encomendó la tarea de llenar con mermelada unos pequeños boles. Después hicimos unas bolas de mantequilla que íbamos poniendo en unos platos, preparamos tostadas y otros manjares, lo trasladamos todo en un carrito hasta un gran comedor vacío de personas y lo fuimos distribuyendo por las enmanteladas mesas ya preparadas con sus tazas, platos, servilletas y cubiertos.

Después de dejar listo el comedor para el desayuno de quienes quiera que fuesen las personas que lo iban a tomar (hoy sé que eran chicos universitarios residentes de aquella

casa: Colegio Mayor Monterols, pero en aquellos momentos desconocía para quién era el esmerado trabajo de la "triste muchacha" a la que había ayudado), pasamos a otro comedor que había junto al office y comenzamos a prepararnos el nuestro, de repente, sin saber de donde, empezaron a aparecer en él unas muchacha con impecables uniformes a los que no les faltaba su delantal de sirvienta.

Me extrañó que nadie me preguntará que de dónde era, o qué hacía yo entre ellas, o si estaba de paso, o...

Ahora conozco que, en esa institución, aparecen y desaparecen las asociadas, por órdenes de sus superioras, sin dar ningún tipo de explicación a las demás compañeras, por lo que debía de ser muy normal ver caras nuevas a las que, por discreción, no les hacían ningún tipo de preguntas.

Estaba desayunando cuando llegó Marta y me llevó con ella. Nos montamos en un tren de cercanías que abandonamos en un apeadero (ahora es una estación, y creo que se llama San Juan), que, con sus influencias, habían conseguido para el colegio Viaró sito en las afueras de San Cugat del Vallés. Los profesores de dicho colegio eran miembros del Opus Dei y moraban en una bonita residencia a cuya administración estaba siendo conducida.

-La casa es totalmente nueva -me comentaba Marta-, todavía tenemos a los pintores pululando por algunas dependencias. Queda mucha tarea que hacer para poner la administración a punto, así que le aseguro que no se aburrirá.

Me percaté de que me estaba llamando de usted.

-Prefiero que me tutee -le dije-, nadie hasta ahora me había tratado de usted.

No dijo nada y continuó con el usted diferenciador de clases. No lo hacía sólo conmigo, sino con todas las demás chicas que habitábamos aquella casa. Era una norma: a las que hacían de señoritas y vestían con bata blanca, teníamos que ponerle el señorita antes de su nombre y tratarlas de usted. Y ellas, a las que llevábamos uniforme y delantal de criada, no nos llamaban señoritas pero tampoco podían tutearnos. Ellas entre si, sí se tuteaban, y nosotras entre nosotras, naturalmente que también. Entendí enseguida que aquello era una especie de parapeto para que no se mezclaran "las churras con las merinas".

## **LOS PRIMEROS DÍAS**

Los primeros días fueron sólo de trabajo, trabajo y más trabajo. Éramos muy pocas chicas (luego fue llegando alguna más), y la tarea era infinita. Me hacían madrugar como nunca lo había hecho en mi vida, y acostarme muy tarde.

No tenía día libre y, para lavar mis cosas, o escribir una carta, o lo que fuese, me concedían tan solo lo que llamaban "media hora de personales". Ah, y no tenía SEGURIDAD SOCIAL.

Mis primeras compañeras eran de un pueblo de Gerona, aunque solo me acuerdo del nombre de una de ellas, se llamaba Pilar Masmiquel. Recuerdo que a una paisana suya, le sentaba mal beber leche, o no le gustaba, pero, las "señoritas" la obligaron a que la bebiera cada día.

De Basape sólo estábamos F. U. (que se portaba como si no fuese amiga mía), y yo, pero unos días más tarde llegaron algunas más pero no todas se quedaban, ya que cuando las tanteaban y veían que no tenían vocación, o que no estaban sanas..., no se qué les decían pero se largaban a sus casas. Así que, unas se iban y venían otras. También acudían a trabajar unas cuantas chicas externas, a las que envidiaba porque cada tarde podían volver a sus hogares y los domingos no tenían que venir.

**LOS DOMINGOS**, ¡Dios mío, qué tristeza me entraba, los domingos y días de fiesta, recordando a mis amigos! Para variar un poco del resto de la semana, cuando llegaba un día festivo, nos sacaban en grupo (acompañadas de una señorita), a pasear por una solitaria carretera. ¡Qué aburrido era dialogar sólo con chicas!, no veíamos a un muchacho ni por equivocación.

¡Qué locura había cometido abandonando mi ciudad precisamente en los momentos en que empezaba a sonreírme la vida!

Mi alma languidecía pero, ni por un momento me planteé regresar a mi casa, ¿qué hubieran dicho de mi comportamiento mis padres?, sin duda me hubiesen llamado "culo de mal asiento", de ninguna manera podía volverme atrás. Necesitaba madurar, hacerme fuerte, no podía comportarme como una mocosa a la que la primera contrariedad le hace abandonar la empresa comenzada y regresa llorando a los brazos de su madre. No, no me rendiría, ahora ya era mayor, ya tenía quince años, ya no era una niña.

## **LAS ASIGNATURAS**

Cuando comenzaron las esperadas clases, comprendí que no eran lo que yo andaba buscando. El nivel de las asignaturas que nos impartían era más bajo que el de los conocimientos que adquirí en la escuela. Además, la mayor parte del tiempo dedicado a nuestra formación, se cubría con clases de religión, de cocina, de limpieza y mantenimiento de los muebles, de maneras de colocar apropiadamente los platos y cubiertos en una mesa, de la forma correcta de presentarle al comensal la bandeja con la comida, de como retirarle a dicho comensal los platos usados, etc...

## **DESCRIPCIÓN DEL INTERNADO DONDE ME HABÍA METIDO**

En el internado de Viaró (que, como he contado, era de reciente construcción y habíamos inaugurado nosotras), no dormíamos en camarillas (pero dos años más tarde me mandarían a Molinoviejo, donde sí las había). En lugar de éstas, se habían dispuesto unas mini habitaciones ¡con ventana!, aunque por supuesto, éstas, no daba a la calle, sino, unas al jardín, y otras a una luna del edificio. Dicho edificio se encontraba ubicado en medio de una gran parcela, y ésta a su vez estaba rodeada por una tapia lo suficientemente alta como para no poder ver el exterior (campo y carretera), que lo circundaba.

Además de la ventana, lo que diferenciaba a estas habitaciones de las camarillas, era su puerta de madera y su luz individual. Por lo demás, también tenían como cama un somier, empotrado de pared a pared, con un colchón encima. No había en ellas más muebles que un pequeño armario, y, como mesa, un mármol redondeado, adherido a la pared, debajo de la ventana. Los waters, lavabos, bidés y duchas estaban en una gran sala al final del pasillo.

Las señoritas, cuyas habitaciones estaban en la planta baja, no carecían de baño completo, ni de mesa escritorio, ni de cama, aunque he de decir que (para mortificarse), ésta no tenía colchón sino una simple tabla de madera. Ya hablaré de las mortificaciones, rezos y otras excentricidades de aquellas personas que, aunque presumían de ser gente corriente, **LO ÚNICO CORRIENTE QUE TENÍAN ERA EL AGUA QUE SALÍA POR LOS GRIFOS**, "dime de qué te alabas y te diré de que careces".

Aquella casa (administración) era descomunal, recuerdo que en la segunda planta había un pasillo embaldosado con gressite en tonos blancos, tan inmenso, que cuando lo fregábamos -de rodillas, con cepillo y jabón-, nos colocábamos tres chicas en hilera horizontal, para abarcar su anchura.

Me llamaba la atención que en la puerta del despacho de la directora hubiese un semáforo para indicar cuando estaba ocupada charlando con otras señoritas, o con alguna chica. También me admiró el almacén de suministros de aquella casa, había allí más alimentos que en algunas tiendas de mi barrio. Y lo que más me sorprendió fue descubrir que, aunque la vivienda era de reciente construcción, tuviese un pasadizo secreto.

## **EL PASADIZO**

Durante mucho tiempo, me intrigó saber qué habría tras la bien cerrada puerta de aquel sótano, hasta que un día, sin que se lo hubiésemos pedido, la señorita Marta nos condujo (a las que ya habíamos pitado), hasta aquel lugar y abrió el acceso a un pasillo, de tierra, largo, largo, largo..., tan largo que nos dimos la vuelta sin llegar al final del mismo. Se trataba de un pasadizo secreto.

Yo me pregunté que para qué necesitarían unas "personas normales" un pasadizo como aquel. ¿Tantos enemigos tenían?

## **OCUPACIONES**

No recuerdo la hora, pero me imagino que nos levantaban a las 7 de la mañana, ya que a las 8 teníamos la santa misa diaria y, antes de asistir a ella, ya nos habíamos hecho la cama, nos habíamos duchado y aseado, y, mientras unas preparaban los desayunos de los numerarios, otras, pasábamos a limpiarles las dependencias de la parte inferior (durante este tiempo, ellos tenían prohibido bajar a esta planta).

Luego acudíamos "voluntariamente" a misa, comulgábamos y, por fin (qué hambre tenía a esas horas), íbamos a nuestro comedor a desayunar. A continuación comenzábamos los trabajos que se nos habían encomendado.

Yo, por ejemplo, debía asear las habitaciones de las señoritas y, luego, con una enceradora, sacarle brillo al vestíbulo (no sabía el lujo que era disponer de aquella máquina, me enteré de ello -dos años más tarde-, en Molinoviejo cuando, para sacarle brillo a las baldosas, tenía que utilizar dos bayetas de lana y la fuerza de mis pies). Naturalmente, antes de pulirlo, previamente lo había encerado de rodillas (la enceradora, que también podía realizar esa tarea, no les gustaba a las señoritas, pues, debido a que sus cepillos eran circulares, no llegaba bien a los rincones). Suerte que la cera no tenía que extenderla diariamente, me bastaba pasar la enceradora para mantener el suelo brillante durante..., por lo menos una semana. Menos mal, porque el vestíbulo era más grande que todo el piso de mis padres.

Después ayudaba en la cocina, comíamos, y, como la tarea de servirles la mesa a los numerarios se me había encargado a mí, iba a mi habitación a cambiar mi uniforme por otro de color negro, al que le añadía un delantal blanco con puntillas, y una cofia.

Por la tarde se nos daba alguna clase, y luego acudíamos al planchero, o al lavadero.

A la hora de la cena volvía a servirle la mesa a los señores. Y, después de recoger, teníamos que asistir a una tertulia con las señoritas, donde, en alguna ocasión, encendían la televisión.

Entre unas cosas y otras, creo que nos acostábamos alrededor de las 12 de la noche. Así que por las mañanas, cuando sonaba el artilugio-timbre que habían colocado en todas nuestras habitaciones, me levantaba más zumbada que un zombi.

Las tareas encomendadas eran rotatorias. De vez en cuando se nos reunía y se nos leían los cambios de ocupación. Recuerdo que una de las mías fue, durante mucho tiempo, el mantener limpios los sótanos, asear y reponer de productos los cuartitos de la limpieza, y fregar los cubos de basura, los cuales, por cierto, debía de forrar con papeles de periódico.

Pasaba mucho tiempo en solitario fregando las alargadas baldosas rojas de los pasillos de aquel sótano, pero me entretenía cantando a grito pelado. Me gustaba cantar, en mi periodo escolar gané un trofeo con un Villancico, por eso en alguna ocasión pensaba: "Quizás entre los señores del otro lado haya alguno que se dedique a buscar artistas y, si me escucha, igual me propone hacer una película del estilo de las de Rocío Dúrcal o Marisol". Qué ignorante era.

Cierto es que todavía no me había dado cuenta de donde me había metido. Ana, la subdirectora, se hartaba de decirme que no cantara, pero yo, obedecía su petición hasta que ésta se me olvidaba por completo. Había tantas cosas que no quería recordar..., y cantando, simplemente no pensaba en ellas.

En uno de aquellos cambios de tarea, se me trasladó al planchero. Había allí un tocadiscos y alguien trajo un disco con el Tema de Lara de Doctor Zibago ¡Cómo me

hubiese gustado poder escuchar aquel tema en compañía de Carlos o de Juan! ¡Qué romántica era aquella melodía! ¡Qué bonita!

## **MARCAR, CON AGUJA E HILO, LA ROPA SUCIA**

En el lavadero, había una tarea que todas odiábamos, pero que hacíamos sin protestar: Cuando llegaban tandas de numerarios (solía ser en verano), para hacer ejercicios espirituales o convivencias, su ropa sucia que acompañaban con un papel con las iniciales, teníamos que semibordarlas, para reconocer las prendas de cada cual una vez limpias. No podéis imaginar lo duro que era introducir, varias veces, la aguja y el hilo en aquellos calcetines, o slip sudados.

## **LAS AÑORADAS CARTAS**

El único contacto que tenía con mi familia y mi amiga Isabel era la correspondencia (jamás me llamaron por teléfono). Pero ello, debido a que no había cambiado su modo de vivir, su día a día. Desconocían la urgencia, la ansiedad con que esperaba sus cartas y se demoraban demasiado en contestar las mías, no sabían que sus letras eran mi mayor ilusión de aquellos momentos.

Recuerdo que cuando el cartero entregaba el correo, hubiese deseado dejar la tarea que estuviese realizando para ir corriendo a ver si, entre el montón recibido, había una carta para mí. Pero eso lo teníamos rigurosamente prohibido. Las cartas se nos daban durante la tertulia de la tarde o (lo que era peor), la de la noche.

¡Cuántas desilusiones! Me pasaba la mañana pensando: "hoy me escribirá Isabel, seguro que recibo noticias tuyas", o "ya hace más de un mes que escribí a mis padres, así que hoy tengo que tener una carta tuya, seguro, seguro que hoy dirán mi nombre a la hora de repartir el correo". Sin embargo, casi siempre obviaban mi nombre en la distribución de aquellos tesoros.

Pero un día me llevé una grata sorpresa. La señorita Marta estaba leyendo los nombres de las destinatarias: Conchita..., Pilar..., Mari Carmen..., Amapola... "¡Dios, alguien me ha escrito!", pensé dando un bote y alargando la mano hasta alcanzar el premio. Miré automáticamente el remite: Juana. Mi madre se llama Juana, pero nunca ponía su nombre en el remite sino el de mi padre, el cabeza de familia, por otro lado, aquella no era su letra.

Rasgué nerviosa el sobre y me deleité con la bonita caligrafía de la remitente, mejor dicho, del remitente, ya me había dado cuenta de quién era el tal "Juana". Mi corazón rebotaba alegría. Estaba allí aislada, encerrada, forzada a trabajar duramente, pero, en esos momentos, aquel pedazo de papel en el que Juan me había transmitido sus pensamientos, me hacía la mujer más feliz del mundo. Me contaba que me echaba de menos, que se acordaba mucho de mí, y..., las suficientes cosas como para llenar cuatro carillas.

Fueron muchos los días en que leí aquella misiva, quizás hasta que recibí su segunda y última carta (que también releí infinitamente), tras ésta, no hubieron otras de "Juana". El mundo en el exterior no se detenía y Juan era un apuesto joven, y había cantidad de

chicas a su alcance. Lo dicho: ¡Cuántas desilusiones! Isabel me mandó una foto acompañada de sus nuevas amigas.

## **LAS FIESTAS DE BASAPE**

En Basape se celebran las fiestas patronales del 4 al 8 de septiembre. Mi añoranza, a esas alturas, ocupaba toda la cavidad de mi pecho. No se podía sentir más dolor. Era como si se me hubiese introducido un roedor en el estómago. Por aquellos días me puse a recordar las fiestas del año en que había conocido a Juan. En esa época aún no sabía su nombre y entre mis amistades me refería a él por su apellido, que una compañera me había comunicado: Gil.

Bien, pues una tarde, me encontraba en la carpa de los coches de choque, viendo como se divertían los muchachos que disponían de dinero para montarse en un coche de aquellos, cuando de pronto vi venir a Gil hacia aquella feria. Subió el escalón metálico de la atracción donde me encontraba y me miró sin decir nada. Me percaté de que llevaba un descomunal helado de los que se les llamaba 'corte' porque los cortaban de una barra de nata, de chocolate, de vainilla, etc., y te los daban emparedados en dos galletas cuadradas. Podía ser éste del tamaño de un corte, de dos o de diversos cortes, según el dinero que quisieras o pudieras gastar. El de Gil, de ser más grande, no lo hubiese podido abarcar con su gran mano.

Vi que aquello era una buena excusa para iniciar un diálogo con el muchacho, así que me acerqué a él -¡No había visto un helado así, tan inmenso!, -dije señalando su manjar.

-¿Quieres un poco? -Dijo él.  
-Oh, no, no gracias.

Creo que ya no hablamos más. Después, no sé si se fue él o si me fui yo, aunque sospecho que ninguno de los dos quería hacerlo. Pero así eran las cosas en aquella época: "los chicos con los chicos, y las chicas con las chicas".

Aquel día había sido muy feliz: ¡Lo había visto!, ¡Él se había percatado de mi presencia!, ¡Nos habíamos dirigido la palabra! ¿Estaría pensando él en mí como yo estaba pensando en él? ¿Habría dibujado algún corazón con nuestras iniciales?: G x A. ¿Conocía mi nombre para poder hacerlo?

Ahora, mientras recordaba aquellas fiestas y aquellas sensaciones, me entraban ganas de llorar. Este año todo iba a ser distinto, no vería a Juan, ni a su prima y amiga mía Isabel, ni a mi añorado Carlos. Cuatro, cinco, seis, siete y ocho de septiembre, cuatro días de morriña. No, no sólo cuatro, la pena se extendió, todos los días rojos del calendario se habían vuelto negros. Daba igual un día que otro, ninguno era festivo, había que trabajar diariamente. Alguien había manipulado los mandatos de Dios: "Y el domingo se hizo para descansar".

Es verdad que un poco se variaba en los días de fiesta. En éstos paseábamos por una aburrida carretera, vigiladas y acompañadas por una señorita. Tampoco se nos daba clases. Pero igual había que limpiar, hacer la comida, fregar los platos, asistir a misa y comulgar como todos los días.

## **EL DESCANSO DE LAS SEÑORITAS**

No recuerdo cuantas señoritas había en la casa. Sé que estaban: el triunvirato compuesto por la directora, la subdirectora y la secretaria, pero, a parte de éstas y una que se llamaba Marisol, no consigo recordar quienes eran las otras, ni su número. Claro que teniendo en cuenta que algunas venían solo a descansar y después de unos días regresaban a su residencia..., es difícil, después de tantos años, precisar ese dato.

Había una cosa que me chocaba extraordinariamente: ¿Cómo podía ser que siendo, la mayoría de las señoritas, unas chicas tan jóvenes (y, teniendo en cuenta que la faena dura la realizábamos nosotras, sus criadas), pudieran cansarse tanto como para necesitar venir a reposar por unos días?

También me llamaba la atención observar que en su comedor hubiese un casillero para sus medicinas; cada cual tenía su dosis de pastillas ¿Es que estaban todas enfermas?

## **EL PLAN DE VIDA**

Una tarde estábamos en el lavadero, unas cuantas chicas, marcando iniciales en la ropa sucia, cuando llegó Marta y le dijo a P. que se fuese con ella. La muchacha estuvo ausente al rededor de media hora. Otro día vi que otra señorita se llevaba a M. C. Yo estaba intrigada, pero si les preguntaba solo me decían que habían estado charlando con las señoritas. ¿Por qué se las llevaban si durante ese tiempo no podían realizar sus tareas que, por cierto, recaían en el resto de nosotras? ¿De qué podrían hablar? Estaba deseando que me llamaran a mí para esas extrañas charlas. "Cuidado con lo que deseas que puede hacerse realidad".

-Amapola, deje lo que está haciendo -me ordenó Marta-, y véngase conmigo.

Todo cambió para mí desde ese instante.

-"Yo no quiero ser monja".

-"Nosotras no somos monjas, somos gente corriente que nos santificamos con el trabajo bien hecho".

Recuerdo que nunca encontraba las palabras adecuadas para replicar las suyas. Además las señoritas me pagaban (sí, ganaba 1.300 pesetas, trescientas más que en el comercio de Basape, pero aquí no tenía seguridad social, ni me daban el sueldo, ellas me lo guardaban, descontando de él las cosas de uso personal que les compraba) y , como eran mis patronas, creía que debía obedecerlas en todo, me intimidaban.

Marta me preparó un "plan de vida", así le llamaban a una lista de normas espirituales que había que cumplir puntualmente: Hasta la hora de la misa, rezar el mayor número posible de jaculatorias. A las 8, la misa y la comunión. Luego más jaculatorias. A las 12, el ángelus. A la 1 menos cuarto, un cuarto de hora de lectura piadosa. Más jaculatorias. Por la tarde el rezo del santo rosario. Más jaculatorias. Mortificaciones, como la de no comerse la pieza de fruta que te gusta, eligiendo la que menos te apetece, ducharse con agua fría... Cuidar los detalles pequeños, por ejemplo, agacharse a recoger

un papelito del suelo. Ofrecer a Dios el trabajo de cada día. Y ofrecerle también cada dolor o sufrimiento, evitando quejarse de las molestias.

Una vez a la semana nos daban una charla, en el oratorio o en una salita, de cualquier modo cerraban todas las ventanas y apagaban todas las luces, dejando encendida únicamente la del flexo que había en la mesa de la oradora. Cada mes nos preparaban un retiro espiritual.

Debía de confesarme todas las semanas con el sacerdote de la casa y, a la vez, volverme a "confesar", igualmente cada semana (en el día y hora que me habían asignado), con mi directora espiritual.

Una de mis directoras, durante un tiempo, fue la señorita Marisol, hasta que enfermó. Permanecía en la cama durante todo el día. Me dijeron que tenía hepatitis. Quizás sí tuviese esa enfermedad, pero también tenía alguna relacionada con los nervios, porque... Un día, cuando fui a limpiar el despacho de la directora, encontré un boquete en el armario donde guardaba con llave los papeles importantes. Me llamó la atención, pero, por discreción, jamás hubiese preguntado nada al respecto, sin embargo, fue la propia señorita Marta la que me explicó que "Anoche la señorita Marisol se puso nerviosa y me tiró un zapato a la cabeza, me aparté y fue a impactar contra el armario".

Mi dormitorio estaba justo encima de dicho despacho y, ahora que mencionaba aquello, caí en la cuenta de que había oído mucha bulla la noche anterior, pero nunca me hubiese imaginado que aquellas personas que pretendían ser santas, llegaran a perder la cabeza de aquella manera. Por otro lado, ¿cómo podía un zapato hacer un agujero en un armario? Pienso que a lo sumo, hubiese dejado la marca del impacto antes de rebotar hacia otro lugar. Pero..., ¿por qué iba a mentirme Marta?

Con el tiempo, la señorita Marisol empeoró y la cambiaron de residencia. No obstante, le permitían que viniese a confesarse con el cura de Viaró. Me llamaba mucho la atención aquella venía. Decían que eran pobres y sin embargo, a pesar de que en todas las residencias tienen a un sacerdote, le permitían gastar en los viajes de ida y vuelta, tan solo para confesarse en nuestra casa.

No fue la única cosa que me chocó.

## **UNOS DÍAS DE ILUSIÓN**

Antes de la Navidad se me concedieron unos días para viajar a casa de mis padres y la alegría volvió a mi corazón. Planeé el viaje con mucho entusiasmo. Compré un cuento para mi hermanita Margarita, recuerdo que era una historia sobre un conejo que vivía en un hoyo subterráneo y que, de repente, le cayó dentro de su hogar el huevo de una gallina descuidada que había permitido que éste rodara hasta su agujero y..., en fin, una bonita historieta, sabía que le gustaría tanto como el regalo que le mandé, por su sexto cumpleaños, el cuatro septiembre. Si no recuerdo mal creo que fue una balanza con sus pesas y todo.

Como todavía no había pitado, las señoritas me dieron el dinero que había ganado con mi trabajo, que resultaron ser siete mil y pico pesetas. Ese fue todo el capital que me

pagaron durante los 4 años que permanecí con ellos, ya que (como contaré), consiguieron que me hiciese del Opus y, a partir de entonces, no me dieron ni un céntimo más. Tampoco pude hacer ningún regalo más, ya que éramos pobres.

En el tren estaba segura de ser la mujer más feliz de todos los vagones, por fin podría ver a mis padres y a mis tres amores: Isabel, Juan y Carlos. ¡Qué ganas tenía de llegar! Cuando me apeé en Micast, desde donde un autobús me llevaría a mi pueblo, el corazón no me cabía en el pecho.

Mis padres se alegraron de verme, sobre todo cuando les entregué todo mi dinero. Pero luego..., hubieron momentos en que pensé que ya se habían acostumbrado a estar sin mí y que casi les molestaba mi presencia. Era un piso muy pequeño para tantas personas. Sesenta metros cuadrados para: mi padre, mi madre, mi abuela, mi hermanita y yo. A mí (después de vivir en la gigantesca casa de Viaró), se me antojaba diminuto.

Durante mi ausencia de allí, había olvidado sus continuas disputas, pero éstas existían, eran el acíbar que amargaba todos los otros dulzores.

Fui a casa de Isabel y le di la sorpresa de mi llegada. Cuando salió de su asombro, nos abrazamos ilusionadas. Luego le conté algunas cosas de mi nueva vida y, por último, quedamos para vernos y salir el domingo. Recuerdo que ese día, paseábamos por el coso en compañía de su cuñada Rufina y de Juan, cuando acertó a pasar por allí Carlos. El corazón me dio un vuelco. Recordaba que Juan había trabajado con él en un taller, así que le sugerí que lo invitara a ir con nosotros a casa de Rufina, ya que, estábamos planeando ir a bailar allí. Pienso ahora que a Juan no le gustó mucho mi petición, pero, de todas formas, se acercó al muchacho y le pidió que nos acompañara.

Hacía demasiado tiempo que yo no hablaba con él, creo que desde el día en que le reclamé un anillo de plata que le había prestado, con la romántica intención de que me lo devolviese después de haber estado una temporada en su poder, y, cuando se lo pedí me dijo que ya no lo tenía, por lo que me enfadé bastante. Ni siquiera me despedí de él cuando me fui a "estudiar". Cierto que no tuve oportunidad de hacerlo, el chico ya no trabajaba en mi calle y, nuestra falta de comunicación, impedía que fuera a buscarlo para comunicarle lo del viaje. Ya en casa de la cuñada de mi amiga, comprendí que había cometido un error al invitarlo. No le vi ningún interés por sacarme a bailar, creo que ni siquiera hablamos. Lo achaqué a su timidez. Y Juan..., si no hubiese estado Carlos tal vez se hubiera atrevido a bailar conmigo alguna pieza, pero..., ¿había herido sus sentimientos? Quizás fuera por mi forma de vestir, por mi recatamiento, por mi ñoñería... Suerte que en aquel guateque había otro chico. Fue él el que me acompañó a casa cuando decidí marcharme.

¡Todos aquellos meses pensando en mis amores...! ¿Tanto había cambiado? ¿En qué se habían convertido aquellos sueños míos tan románticos?

## **LA VUELTA A MI FUTURO**

Antes de regresar a Viaró, aproveché para ir a la peluquería y arreglarme el pelo. Sin embargo, la peluquera no logró, con aquel moderno y bonito peinado, iluminarme el rostro. Mis ojos estaban tristes, algo dentro de mí minaba mi alegría.

Al día siguiente, el tren me devolvió a mi futuro.

Llegué la víspera de año Nuevo y pude celebrar con mis compañeras el cambio de año. Recuerdo que aquella noche, durante la cena, bebimos champán y, no sé por qué, Rosa vertió su copa en mi cabello arruinándome el peinado. "Hay que poner la otra mejilla", pensé, y no derramé la mía en el suyo. "Tienes sangre de horchata", hubiese dicho mi padre.

Debía pasar a servirles la cena a los numerarios, por lo que no me daba tiempo de lavarme la cabeza, aún así hice lo que pude para salir airosa de aquel trance.

Pero, aquella noche, me compadecí muchísimo de mi misma. No sería la primera vez. Hasta hoy, recordándome, me compadezco de aquella niña que fui.

A las 12 comenzó el año 1967. Nada que celebrar. ¿Habría alguien en ese instante que estuviese pensando en mí? ¿Me quería alguna persona? ¿Dios sí lo estaba haciendo? "Dios sí me quiere, así que qué más da si los demás me olvidan".

Me dormí llorando.

Sin saberlo, aquellos acontecimientos estaban siendo el arado y la semilla de mi vocación.

## **LA VISITA DE MIS TÍOS**

Una hermana de mi madre, vivía en Granollers, población cercana a San Cugat del Vallés, así que una tarde, ella, su esposo y mis primos: Rosa Mari y Jesús, vinieron a verme.

Por la expresión de la cara de Ana, la subdirectora, cuando me comunicó que mis tíos habían llegado sorpresivamente a verme, interpreté que éstos no eran bien recibidos. No era habitual que alguien de nosotras recibiese visitas de sus familiares.

Se me permitió verlos en la salita que hay junto a la puerta de entrada, y, desde luego, ellos no pudieron pasar de allí. Yo, por mi parte, al creer que mis tíos eran un incordio para las señoritas, mis jefas, me porté con ellos algo distante. De todas formas, no tenía muchos temas de conversación con los que entretenerlos, así que no les quedaron ganas de volver a visitarme.

## **EXCURSIONES**

Aquel encierro de internado sólo se interrumpía con los paseos dominicales por la carretera y con, eso sí que era divertido, alguna excursión como la que hicimos a la montaña de Montserrat. Recuerdo que, gran parte del camino de ascenso, lo realizamos a pie por una escalera que no tenía fin. Suerte que, una vez arriba, repusimos nuestras extenuadas fuerzas con un queso tierno empapado en miel, que nos vendió una mujer que había allí.

También nos llevaron, en alguna ocasión (creo que no pasaron de dos), a Llar, una casa de..., como la llamaría, de caza y captura de chicas estudiantes; donde disponían de un salón de proyección de películas. A mí me parecía abusivo el precio que nos cobraban por ver una peli, sobre todo porque no nos daban opción a asistir a otros cines, tampoco podíamos elegir el día: "Hoy como es domingo me voy a Llar a ver una película", no, eran ellas las que nos decían: "Esta tarde iremos a Llar a ver tal película".

Acostumbrada como estaba a no pagar más de un duro por ver una sesión doble en un cine de Basape, me parecía un robo el pase para aquella sala. En estos momentos no recuerdo cuanto era el importe, pero sí que me parecía carísimo, por lo que creo que costaría mucho. Además, en una ocasión... Nos habían llevado a ver una película sobre la muerte de Jesucristo, no recuerdo el título, sólo sé que era en blanco y negro; no por que fuese antigua, sino porque el director había tomado esa opción para darle más..., he olvidado lo que argumentaron, más realismo o algo así. Se habían rodado las escenas en lugares resecos y pedregosos, y el argumento me parecía poco atractivo, por lo que, como tenía a la señorita Marta sentada junto a mí, le comenté, varias veces, que no valía la pena haberse gastado el dinero de la entrada para ver semejante rollo. Ella se molestó, se molestó tanto que me pidió que abandonase el cine; cogiese el tren de cercanías con el dinero que me puso en la mano; me presentara en Viaró; y comenzase a preparar la cena.

Totalmente injusto. Yo había pagado mi entrada, así que nadie tenía derecho a (aunque protestara), impedirme permanecer en el salón, como mucho, se me podía haber pedido que no hiciese comentarios. Además, si el resto de las chicas disfrutaban de aquellas horas libres ¿por qué se me mandaba a mí a trabajar?

Sencillamente se me estaba dando una lección de hipocresía, tendría que haber dicho que la película era maravillosa.

En la charlas, confesiones, homilías, retiros, tertulias, etc., se exponían unos ideales que a veces veía como contradecían ellas mismas.

## **CONTRADICCIONES**

Recuerdo que en una ocasión, llegaron a nuestra parte de la casa, un grupo de chicas (desconozco si eran numerarias, criadas, o posibles pitantes), para hacer un día de retiro. Cuando llegó la hora de la comida, ésta se les sirvió en el aula donde se nos daba las clases. Bien, pues a la hora de saldar el gasto alimenticio, hubo un rifirrafe entre la directora de Viaró y la encargada de aquel retiro espiritual, increíble de encajar en el espíritu de la Obra. ¿No se suponía que eran "hermanas"? ¿No estaba ya estipulado en cada casa el gasto del cubierto? ¿Por qué se quejaban las visitantes de precio excesivo?

Para colmo, cuando ya se habían marchado, la señorita Marta comentó conmigo aquel desacuerdo con las del retiro. ¿Dónde estaba su discreción? ¿Dónde su caridad? ¿Por qué una persona como ella criticaba a sus correigionarias? Si yo, una persona que todavía no pertenecía a la Obra, cuidaba con especial esmero todas sus enseñanzas piadosas ¿por qué ella, una directora del Opus Dei, no ponía en practica sus propias lecciones?

## **MENTIRAS**

Había otra cosa que me intrigaba: la chica de la centralita tenía permitido mentir.

En muchas ocasiones, aún sabiendo que la persona (por la que venían a preguntar, o requerían por teléfono), estaba en casa, debía de corroborar la mentira de dicha persona, diciendo que se encontraba ausente. ¿Dónde estaba la "sinceridad salvaje" de la que hacían gala?, ¿dónde la honradez?

Otra cosa chocante, para mí, era la hoguera que me hacían hacer, en la parcela destinada a un futuro jardín. En dicha hoguera, además de quemar el contenido de los contenedores de los cuartos de aseo de las señoritas, se incineraban también unos papeles que, previamente, había hecho añicos la directora.

¿Qué habría escrito en aquellos documentos? ¿Por qué se deshacían de ellos de aquella manera?

## **DATOS DE LAS EMPLEADAS**

Un día, cuando fui a hacer la limpieza de la habitación de la subdirectora, me llamó la atención ver la foto de una de las cocineras del pabellón del comedor autoservicio del colegio. Dicho comedor, destinado a los alumnos, no era de nuestra incumbencia, lo atendían personas externas, pero, en alguna ocasión me habían mandado a llevar o traer alguna cosa, y conocía a las cocineras. La foto que menciono estaba sujeta con un clip a unos folios en los que se detallaba la vida y milagros de la persona del retrato. ¿Para qué necesitaban tantos datos de una empleada?

## **OLVIDADA**

A medida que pasaban los días me iba sintiendo más y más sola, las cartas de mis padres se espaciaban más de lo deseado, y mi amiga Isabel..., bueno, ella seguro que se acordaba de mí pero seguramente tendría muchas cosas que hacer.

Ahora era mi directora espiritual mi única confidente, no en vano se le llamaba "confidencias" a ese rato de diálogo semanal que se me había "impuesto", con mi consentimiento, naturalmente.

Necesitaba sentirme apreciada, así que pensé que si me hacía de la Obra, todas ellas me considerarían su hermana y me darían ese afecto que estaba necesitando. Era muy triste sentirse olvidada por todos tus seres queridos.

Sin saberlo, desde la primera "confidencia", habían estado sembrando en mí la vocación. Con el tiempo descubrí que aquella casa, como todas las suyas, estaba destinada para hacer proselitismo. Pero entonces desconocía muchas cosas, demasiadas.

## **Y..., PITÉ**

Una mañana (después de uno de aquellos retiros espirituales mensual, en el que se nos había insistido que, ya que Jesucristo había dado la vida por nosotros, nuestro deber era hacer otro tanto por Él), decidí que ya era hora de pedir mi admisión en la Obra.

Además del sacerdote, mi directora de "confidencias" me había estado presionando lo indecible para conseguir aquel resultado y, por fin podrían congluturarse por su pesca.

Yo soy una persona de palabra, me puede costar dar el sí, pero una vez que sale de mi boca, cumplo con lo prometido aunque me deje la vida el ello.

Creo que aquello fue para mí como una especie de suicidio, sabía que a partir de aquel día no tendría que pensar jamás en los chicos, ni en formar una familia, ni ser libre para decidir, bueno, esto último todavía no había tenido oportunidad de experimentarlo. Nunca había sido libre, primero debía hacer lo que mis padres querían y ahora debería hacer lo que los del Opus quisieran. En cuanto a los chicos..., nadie me había dado un beso de amor, si he de decir la verdad, como en el cine cortaban esas escenas y en la vida real nadie se besaba por la calle, los besos en la boca eran totalmente desconocidos para mí, no me había percatado de que existieran.

Era un suicidio porque sabía que aquello no tenía vuelta atrás, había dado mi palabra y ya no me podría arrepentir.

F. U., C. B. y Pilar Masmiquel, vinieron a abrazarme llenas de alegría. Fue entonces cuando me enteré de que (aunque lo llevaban en secreto, cosa que a mí también se me había pedido), ellas eran igualmente de la Obra.

"Ahora llevas el farolillo rojo", me dijo la señorita Marta. "¿Qué es eso?", pregunté. "Es el recordatorio de que tenemos que vigilarte constantemente porque tu vocación es recién nacida y necesita de nuestros cuidados. Pero también es una carga que debes pasar cuanto antes a la vocación nueva que tú consigas para la Obra. El Padre pide que cada una de sus hijas le consiga, por lo menos, tres vocaciones anuales".

Una vez escrita la carta al Padre, pidiéndole que me admitiera en su Obra, mi "plan de vida" fue aumentado considerablemente. Ahora tenía que rezar diariamente unas preces en latín que leía en una octavilla doblada, de color amarillo, que me dieron; rezar más jaculatorias; asistir a una reunión a la que llamaban "Circulo"; hacer la "corrección fraternal" a mis hermanas, etc., y lo más doloroso: llevar dos horas al día el cilicio. "La disciplina" te las darán en tu centro de estudios<sup>2</sup>, me dijo mi directora.

**CILICIO:** Cadenillas de hierro con puntas, ceñida al cuerpo junto a la carne, que para mortificación usan algunas personas.

**DISCIPLINA:** Instrumento, hecho ordinariamente de cáñamo, con varios ramales, cuyos extremos o canelones son más gruesos, y sirve para azotar.

La primera vez que me puse el cilicio atado fuertemente a la pierna, y pasé con él a limpiar la residencia de los numerarios, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para evitar cojear. Muchas de mis compañeras desconocían que yo ahora era del Opus y, por

supuesto, ignoraban totalmente (como hasta entonces lo había ignorado yo), la existencia de aquel diabólico instrumento, así que para nada debía de dejarles que notaran mi mortificación. Pero era muy, muy difícil no cojear.

## **LA PRIMERA Y ÚLTIMA VISITA DE MI MADRE**

Un día tuve una grata sorpresa: alguien vino a buscarme a mi lugar de trabajo para decirme que en la salita de la entrada me esperaba una visita. No me imaginaba quién podría venir a verme por la mañana. Abrí la puerta y me encontré a mi madre acompañada de mi tío el de Granollers. ¿Qué estaban haciendo ellos allí?

Nos abrazamos y mi madre me aclaró todo. Resulta que se había muerto mi abuelo V., por lo que ella llamó a mi tío F. para que, cuando pasase (mi tía J. acababa de tener un bebé, así que no fue), hacía Azur de Milar, la recogiese en Basape para asistir con él al sepelio. Y, al volver del entierro, se le ocurrió que, en lugar de parar en su ciudad, iba a aprovechar para ir a conocer a su nuevo sobrino.

Ya me extrañaba a mí que hubiese viajado sólo por verme.

La señorita Marta consintió para que fuese con ellos a pasar un día en casa de mis tíos, si bien me recomendó encarecidamente, que aprovechase la circunstancia para pedirle a mi madre el permiso que necesitaba (téngase en cuenta que yo era menor de edad), para ser de la Obra.

Varios días más tarde me enteré (por la directora), de que mi madre había aprovechado para pedirle el dinero que me pertenecía desde la última paga, la que les entregué en Navidad. Me comentó en tono de reproche (pues desde que me hice de la Obra ya no tenía derecho a mi sueldo), que le había tenido que entregar cinco mil pesetas.

## **EL CONSENTIMIENTO**

No le costó a mi madre darme su consentimiento, había estado hablando con la señorita Marta y la única condición que le puso (no sé como se enteró de que los miembros del Opus no pueden asistir a acontecimientos familiares), fue que pudiese acudir a la comunión de mi hermana que iba a celebrarse un año después. No obstante se necesitaba también la firma de mi padre, así que se me permitió (unos meses más tarde), viajar a Basape para conseguir su aprobación.

La directora me pidió que consiguiera un papel escrito de su puño y letra, en él que (para contentar a mi madre) pusiera: Doy mi permiso para que mi hija Amapola pertenezca al Opus Dei con la condición de que se le deje venir a la comunión de su hermana Margarita.

Ridículo, visto desde el prisma de la distancia en el tiempo, me parece algo de lo más extravagante, un verdadero repollo con lazo.

No hubo ninguna objeción (¡cómo me hubiese gustado que me hubiesen dicho:

"no, hija mía, no, tú te quedas con nosotros, eres tan solo una niña y te han comido el coco"!), unas firmas y se deshicieron de mí para siempre, una preocupación menos.

Antes de irme pasé por un estudio de fotografía con mi hermanita, que lucía una larga melena y estaba preciosa, y nos hicimos dos fotos; en una estoy con ella y en la otra aparezco, sola, con un intento de sonrisa en los labios.

Todo estaba consumado, "Señor, aparta de mí este cáliz".

El tren me devolvió a mi destino.

Unos días más tarde me enviaron a una convivencia de 15 días, en una casa que tenían entre Salou y Cambrils llamada Torre del mar. Dicha casa, durante esos días, estaba destinada únicamente para criadas, "numerarias auxiliares" nos llamaban. Pero no estábamos solas, siempre nos debían de vigilar las "sólo" numerarias.

Como el "plan de vida" no nos lo podíamos saltar ("la vida espiritual no puede relajarse, no hay vacaciones para ella"), se nos destinó una señorita "confidente".

Íbamos un rato a la playa, que siempre se me hacía corto; teníamos más tertulias y podíamos pasear tranquilamente por el gran jardín de la casa, en él que no faltaba ni una charca con nenúfares, ni un columpio, donde, al columpiarme, rememoraba los de un parque de mi ciudad.

Recuerdo que pensaba que de no haber tenido que llevar el cilicio, ni seguir con las mortificaciones y los continuos rezos, aquellos hubiesen sido unos días muy felices.

Cuando regresé a Viaró, descubrí que M. B. había sido mandada con a su padre. Pobre chica, no le había servido de nada el que la llevaran a un sanatorio mental, ni que le hubiesen dado unas descargas en la cabeza. Se había trastornado mentalmente. Recuerdo como, una mañana después de la misa, cuando todas subíamos las escaleras para ir a desayunar, ella comenzó a caminar a cuatro patas por los peldaños, y como comenzó a ladrar como si fuese un perro. Todo había empezado unos días antes cuando se puso a llorar en plena noche.

Mi habitación estaba pegada a la suya por lo que, al escucharla, no me resistí a ir a consolarla, al fin y al cabo habíamos sido amigas, hasta tenía (en casa de mis padres) una foto hecha con ella y con otra compañera de escuela de Basape. También habíamos salido algún domingo juntas. En aquellas fechas ella vivía con unos tíos que no tenían hijos (bastante severos, según me contó), pues su madre hacía mucho tiempo que estaba en Zaragoza en un sanatorio para tuberculosos.

Como he dicho, pasé a su cuarto y me acosté con ella en el estrecho colchón de aquella habitación, para que no se sintiese tan sola. No me imaginaba la reprimenda que me daría la señorita Ana, por aquella acción, al día siguiente.

¿Qué había hecho mal? ¿No se podían tener gestos caritativos? ¿Pensaría aquella señorita que había pasado algo deshonesto entre nosotras? ¿Entre dos chicas? Me vino a la memoria la forma en que salió corriendo el día en que..., os cuento:

Resulta que en una de sus charlas nos había dicho que, ante cualquier problema, molestia o lo que fuese, deberíamos acudir a ella con la misma confianza como lo haríamos con nuestra madre. Yo lo tomé al pie de la letra y, ese mismo día, como

resultaba que precisamente notaba una molestia, pues tenía enrojecido el ombligo y me picaba mucho, decidí portarme como si ella fuese mi madre, así que, cuando estábamos trabajando en la cocina la pedí (para que las otras chicas no se enterasen), que pasara conmigo a la despensa y, una vez allí, en lugar de explicarle mi problema, me levanté la falda (como hubiese hecho con mi madre), para enseñarle la irritación que he mencionado. Y..., ella, como si hubiese visto al diablo, salió de allí despavorida, por lo que yo quedé perpleja y avergonzada. ¿No quería portarse como si fuese mi madre? ¿Hubiese reaccionado mi madre así?

Aquella semana le pregunté a la señorita Marisol, a quien hacía mis "confidencias" (todavía no se había marchado), si entre dos chicas podría darse lo que (había escuchado algo sobre lo que significaba la palabra maricón), podía suceder entre dos hombres. Ella me contestó que sí, pero no me atreví a preguntarle cómo podía hacerse un acto deshonesto entre dos mujeres cuando, ambas, carecen de miembro viril. ¿Habría pensado la señorita Ana que el hecho de dormir en la habitación de M. B. era algo sucio? ¡Qué locura! A mí no me gustaban las mujeres.

## **SEGUNDA CONVIVENCIA**

Fue pasando el tiempo y, el siguiente verano mi convivencia la realicé en una casa que, no estoy segura, pero creo que estaba en Torredembarra. El lugar era bonito, aunque para ir a la playa teníamos que andar un largo trecho entre campos, uno, por cierto, sembrado de claveles. La casa era grande y señorial pero, a las auxiliares no se nos permitía pernoctar en ella, dormíamos en un pabellón ubicado en la misma finca, que sin duda en otro tiempo había sido el alojamiento de los criados de aquella lujosa mansión.

No estábamos exactamente de vacaciones, había que continuar con el plan de vida, además, se nos daban charlas en las que, por ejemplo, se nos enseñó como limpiar con esmero un cuarto de baño.

## **VIAJE A PAMPLONA PARA CONOCER AL PADRE**

Era injusto que la señorita Marta me hiciese sentir mal por lo que se iba a gastar en mi viaje y en de las otras numerarias auxiliares que íbamos a ir a Pamplona (para hacer número), a ver al Padre. Injusto porque nadie nos preguntó si queríamos hacerlo, se nos estimuló para tener ansias por ir, pero, en definitiva, era una imposición.

Se habían conseguido tropecientos vagones de un tren especial que nos llevaría a miles de personas hacia aquel acontecimiento social, con el que no sé qué quisieron demostrar en su día. Quizás, como en otras muchas ocasiones (que actualmente no me han pasado desapercibidas), su empeño fuera demostrar su amplio poder de convocatoria.

Aunque era una adolescente, trabajaba, no de sol a sol, sino de luna, sol, sol, luna, porque madrugaba y trasnochaba todos los días de mi encierro en aquel lugar. Sin embargo, las ganancias no eran para mí. Mis primeras mensualidades se las había entregado (exceptuando lo que gastara para mi aseo personal), íntegramente a mis padres, y, a partir de hacerme de la Obra, todo lo que tuviesen que pagarme se lo quedaban el Opus. No tenía ni una sola peseta en propiedad. ¿Por qué pues me martirizó

la directora diciéndome que el viaje costaba más de lo que había ganado y que tendrían que aportar dinero de otros lugares para pagármelo?

No recuerdo a que hora salió el tren del andén, sólo me viene a la memoria que al mediodía, a la hora que normalmente tomábamos nuestra comida, comencé a tener un hambre de lobo lo mismo que las compañeras que iban a mi cargo, monetariamente hablando (me había dado la señorita Marta un dinero para que comiésemos el día que pasaríamos en Pamplona, "te hago responsable de esta misión, administra el dinero con tiento, recuerda que somos pobres", me había dicho, sabía que lo dejaba en buenas manos), pero nadie había previsto nuestro alimento de ese día (cosa rara en ellas que todo lo previenen con tiempo), así que comenzamos a buscar el vagón donde se encontrar a la directora y, cuando dimos con ella, se limitó a darnos un bocadillo de pan bimbo con jamón york, que nos mato el gusanillo momentáneamente.

Lo peor vino después. Llevábamos un papel con la dirección de la casa donde teníamos que pasar la noche y, cuando, después de mucho andar y mucho preguntar, dimos con ella, nadie nos recibió. Había allí un barullo de chicas, tan desorientadas como nosotras, buscando un lugar donde dormir.

¿Dormir? ¿Es que no íbamos a cenar? No, en aquella casa no había comida, sólo alojamiento. Supongo que, muchas de las allí presentes, habrían cenado antes de llegar hasta aquel emplazamiento, también las habría que se hubiesen llevado bocadillos desde sus casas, pero nosotras no teníamos ni una galleta que llevarnos a la boca. Bueno, ayunaríamos, ¿no se nos pedía hacer sacrificios?, pues aquí teníamos uno puesto en bandeja.

Ahora a buscar una cama. Había empujones para entrar en las habitaciones y todas parecían ocupadas. ¿Por qué nos habían dado esa dirección si no había suficiente alojamiento? Por fin encontramos una sala en la que había unas camas y una mesa. Nosotras creo que éramos tres, quizá cuatro: Pilar Masmiquel, F. U., alguien más, y yo. Noté que mis compañeras me empujaban para hacerse con las camas, yo estaba más cerca de una de ellas, pero me aparté para que pasara Pilar, haría otro sacrificio, así además me practicaría para cuando, dentro de un mes, me trasladaran al centro de estudios, sabía que allí sí tendría que cumplir con la norma de dormir un día a la semana sobre una tabla, me quedé con la mesa.

Por la mañana estábamos famélicas, y yo, además, molida de apoyar mis huesos en la dura mesa durante toda la noche. La casa estaba en danza, "hay que ir pronto para coger sitio", oí que comentaba alguien, "sí, sí, vayámonos ya", sugería otra.

No recuerdo donde nos aseamos, ni si lo hicimos, solo sé que estábamos hambrientas y no había desayuno en aquel lugar. -Vayamos al campus -dije-, ya desayunaremos después de comulgar. Seguimos el río humano y nos presentamos, con excesivo tiempo, en el lugar de convocatoria.

Esperamos, desfallecidas de hambre, la llegada del Padre.

Barahúndas ilusionadas atiborraron el lugar. Cuando "ÉL" llegó, se oyeron gritos, risas, aplausos...

Era un sacerdote con sotana ¿qué veían en él?, no era más que un cura.

Habló y todos callaron. Luego le corearon, le aplaudieron, le insistieron que no se fuese...

Tras la misa se nos dijo, por unos altavoces, que hiciésemos cola pues el Padre y otros sacerdotes procederían a dar la comunión. Nos pusimos en una fila, era demasiado larga, estábamos a punto de desmayarnos.

-Vámonos -dijo Pilar-, no nos vamos a condenar por un día que no comulguemos, pero si aguanto un segundo más sin comer, me caeré redonda.

Nos fuimos, pero quizás equivocamos el camino que nos conduciría al centro porque estuvimos dando vueltas por lugares despoblados. Aún no sé por que nos habían dejado, a la buena de Dios, en una ciudad donde no habíamos estado nunca. Después de mucho andar Pilar se sentó en una piedra y dijo que no podía seguir, que las piernas no le llevaban. Yo estaba igual que ella. No era cansancio, era agotamiento debido a la carencia de alimento durante tantas horas. Me encontraba muy mal, nunca había sentido aquella sensación anémica.

-Venga, un esfuerzo más -animé a mis compañeras-, seguro que ya estamos cerca de algún bar.

Finalmente, dimos con una cafetería que tenía las mesas en la acera, nos sentamos y, en lugar de pedir únicamente el típico desayuno de café y leche, que también, pedimos unos bocadillos de jamón que..., cómo lo diría..., nos resucitaron. Después lo vimos todo de otro color.

Luego, no recuerdo si al mediodía comimos (seguro que sí), ni donde, paseamos por Pamplona y, a la hora convenida volvimos a coger el tren de vuelta. ¿Cómo pudimos encontrarlo todo sin guía? ¿Cómo es que no nos perdimos?

## **EL CENTRO DE ESTUDIOS**

Para nuestra formación en el espíritu de la Obra, había que pasar dos años en un centro de estudios, aunque, naturalmente, no era cosa nuestra decidir cuando ni donde. Éso (como todo lo demás), lo decidían por nosotras. Y, llegó el día de saberlo: C. B. iría a Santiago de Compostela, y F. U. y yo, a Molinoviejo, sito en Ortigosa del Monte (Segovia). No sé que pasó con Pilar Masmiquel, creo recordar que se la llevaron sus padres, pero no estoy muy segura. A C. B., que por cierto era unos años mayor que nosotras, también se la llevaron sus familiares pero, el mismo día que cumplió los 21 años (entonces en España era la edad de la mayoría de edad), fueron a buscarla y la trajeron de vuelta.

Antes de marchar fuimos al Corte Inglés de Barcelona, siempre nos llevaban allí cuando teníamos que comprar.

En una ocasión, por cierto, mientras esperábamos, en la parada, el tren de cercanías que nos llevaría al centro, resulta que apareció por allí Mariano (un noviete de mi vecina C. S., la que se arrepintió a tiempo y no se vino a Viaró), y, las de Basape, le saludamos

perplejas. ¡Qué pequeño es el mundo! El muchacho estaba pasando unos días con unos familiares de Mirasol. En el Corte Inglés nos hicimos con ropa y maletas nuevas. La señorita Marta nos comentó que en realidad ese gasto deberían de haberlo hecho nuestros padres.

## **VIAJE A LO DESCONOCIDO**

El viaje fue largo. Hicimos noche en Madrid, en la parte de la administración de un colegio mayor, del que no sé si se nos dijo el nombre.

Por supuesto que la señorita Marta, que nos acompañaba, no cenó en el mismo comedor que nosotras, ni durmió en la misma zona. "Ricos con ricos, y pobres con pobres". ¡¿No somos todos iguales ante los ojos de Dios?!

Si yo no tenía carrera era porque mis padres no pudieron pagármela, pero le había entregado a Dios (igual que las señoritas), todo lo que tenía y además MI VIDA ENTERA. ¿Por qué entonces hacían esas distinciones? No era justo. Y..., si Dios permitía ese clasicismo, entonces Él también era injusto.

## **MOLINOVIEJO**

Llegamos a Molinoviejo.

No vimos Ortigosa del Monte porque quedaba en una vaguada, al otro lado de la carretera.

Una alta e inmensa tapia rodeaba toda la finca. Llamamos y salieron a abrirnos el portón. Una vez dentro, anduvimos junto a unos árboles hasta llegar a la entrada de la vivienda. Acompañadas de la persona que nos había recibido, cruzamos el recibidor y llegamos a un oscuro vestíbulo, no había en él ventanas y la luz de la lámpara del techo era lánguida y mortecina.

Un halo lúgubre circundó mi maltrecho ánimo. Me estremecí. Le ofrecí a Dios mi nueva pena.

La señorita Marta se fue al comedor de las señoritas, y a nosotras nos llevaron al de las auxiliares. La escasa luz que se filtraba a través de una ventana interior, tenía que ser reforzada con electricidad. Me fijé que una las paredes, de aquel comedor, estaba decorada con unos frescos en los que se veían unos ciervos junto a una especie de mapa. Era el plano de algún lugar, puede que fuese el de La Granja, no el de La Granja de San Ildefonso, sino el de Riofrío (muchos domingos nos llevaron hasta allí paseando, pero en aquellos días, todavía no se había recuperado para el turismo, estaba abandonado), a aquel lugar ellas le llamaban La Granja.

Hace muy poco tiempo, estuve en Segovia y fui a La Granja de San Ildefonso creyendo que era el mismo lugar a donde ellas nos llevaban. Me quedé desconcertada, no lo reconocía. Indagué y descubrí que, como he contado, Riofrío era la verdadera "La Granja<sup>2</sup>" que yo conocía.

Después de comer, nos llevaron a nuestras habitaciones que estaban en el piso de arriba. Me quedé anodada (al igual que cuando llegué a Barcelona), nuevamente iba a dormir en camarilla.

La mía, mi camarilla, estaba en la parte izquierda de un segundo piso. Había otras en la parte derecha, como también las había en una planta superior. (Creo que estábamos más de cincuenta criadas: numerarias auxiliares, en aquel curso). Las camarillas, como las que recordaba de la ciudad Condal, se componían de dos tabiques (pegados a una de las paredes de la gran habitación), que no llegaban hasta el techo, y que, en lugar de puerta tenían una cortina de tela.

"Dios, amigo mío mudo, que ni siquiera me alientas con una palabra de agradecimiento o de consuelo: te ofrezco éste nuevo sacrificio". "¿Por qué tenemos que seguir mortificándonos los humanos? ¿No fue suficiente tu muerte para redimirnos del pecado de Eva? ¿En tan poco se valora tu redención?"

Al día siguiente, la señorita Marta se despidió de nosotras y volvió a Viaró.

Se nos dictaron las normas de la casa, la hora en que nos levantaríamos, los trabajos que haríamos, los horarios de la santa misa y las clases... Me designaron a mi directora de "confidencias". Me dieron la Disciplina y me dijeron cómo y cuando usarla. Me señalaron día para dormir en tabla. Para hacerlo, era preciso que, por la noche, deshiciese la cama y subiese, con las ropas de la misma a un piso superior, donde debería ponerlas sobre una mesa.

"¡Dios mío! ¿Qué mal he hecho para que me exijas tanto?"

## **VIAJES DE RECREO**

Desde Molinoviejo nos llevaron de excursión a Ávila y Toledo (se me hizo una foto con el Alcazar de fondo, en la que estoy sujetando una guitarra que, ni era mía, ni sé tocar), y, en otra ocasión, al Valle de los caídos y al Escorial, pero el paseo dominical era siempre la caminata hasta "La Granja". No me hacía ninguna ilusión ver, cada semana, el mismo trayecto y los mismos árboles que, en el invierno, desmochados y desmembrados de sus ramas, sus copas se asemejaban a desangelados muñones.

## **CARTAS ABIERTAS Y LEÍDAS**

¡Echaba tanto de menos a mis amigos!, sin ellos el recorrido se me hacía lánguidamente aburrido.

Ya no me llegaban cartas de Isabel ni de "Josefa", de todas formas me daba igual, yo tampoco les escribía, no les hubiese podido transmitir mis verdaderos pensamientos, ya que, las cartas que mandaba tenía que entregárselas abiertas a la directora (que las leía antes de enviarlas), y las que recibía, también me las daban leídas.

En cuanto a los libros y revistas, aunque allí no había a nuestro alcance ninguna de estas lecturas, se nos explicó que siempre tendríamos que consultar con la directora todo lo que quisiéramos leer.

## **PERMISO PARA LAVARSE EL PELO**

En aquella casa ya no tenía la media hora para cosas personales de la que disfrutara en Viaró, allí, solo en la tarde de los domingos, siempre y cuando no te tocara guardia, era el único tiempo que podía emplearse para escribir una carta, o, para algo tan necesario como lavarse la cabeza. Operación que, por cierto, no podíamos realizar sin haberle pedido permiso a la directora. Recuerdo que en más de una ocasión no la pude localizar a tiempo, para que me diera ídem de lavármela y tuve que esperar, estoicamente, a la semana siguiente para ver si en ésa tenía más suerte y ella no estaba ocupada. Y, para colmo, yo, como muchas otras, no tenía secador de pelo, y allí el invierno era muy frío y muy largo, por lo que a veces recurría a ponerme debajo de los secadores de la ropa.

Estaban éstos en una sala cerrada y provista de cuerdas, donde siempre había ropa tendida, pero, como se hallaban sujetos del techo, debía de subirme a un taburete, para que su aire me llegara a la cabeza. Si alguien hubiese entrado en aquellos momentos seguro que hubiera estallado en carcajadas: debía de ser todo un número verme haciendo equilibrios entre sábana y sábana u otras ropas.

Tampoco había allí máquinas para sacar brillo a la cera, ahora, como he contado anteriormente, pulíamos el suelo frotando, enérgicamente, con dos bayetas puestas en los pies.

## **AGOBIO**

El "plan de vida" (rezos, rezos; trabajo, trabajo; estudio, estudio), no me dejaba ni un segundo libre, cualquier contratiempo que me robara un instante, me hacía añicos el apretado horario.

De siete y media a ocho..., de tal a tal..., de diez y cuarto a once: lectura del libro espiritual y jaculatorias; de once a once treinta: clase de religión y jaculatorias; de once treinta a doce: oración mental en el oratorio y jaculatorias; a las doce: el ángelus y jaculatorias; a continuación: ir corriendo a por un abrigo (jaculatorias) y marchar, con otras compañeras, al pabellón de retiros y convivencias; limpiar allí hasta no sé que hora, había que salir con el suficiente tiempo para llegar a la clase de la una; a la una y media, poner la mesa de las señoritas y jaculatorias; a la..., ¡uf!

Por la tarde ídem de ídem, sin descanso, sin tiempo para pensar. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes...

"Ayúdame Señor, aparta de mí este cáliz".

Nadie se apiadaba ni sentía pena de los sacrificios que había que hacer para seguir aquel plan de vida, nadie te agradecía nada. Cada cual tenía que ser tan severa consigo misma que, sin quererlo, exigías que las demás lo fueran con ellas mismas, sin que nadie, ni ellas ni tú mereciésemos una sonrisa por los logros conseguidos.

"Dios, ¿de verdad te sirven para algo mis mortificaciones? ¿Te sientes más feliz cuando me ves sufrir porque tú sufriste? ¿Acaso te dolieron menos los azotes que te dieron porque sabías (Tú conoces el futuro) que hoy me azotaría por Ti?".

Necesitaba ver urgentemente resultados. No me sentía feliz dando mi vida por nada, para nada, para nadie. Todo el mundo precisa, en los trabajos arduos, de un aplauso que le estimule a seguir adelante. Pero allí no había recompensas, si rezaba mil jaculatorias, se me pedía que la próxima semana fuesen dos mil, y si (batiendo todos los récords), llegara a cinco mil, se me pedirían diez mil. Era agotador, no había metas.

Además, me parecía aquel un trabajo ¡tan inútil! ¿Para que servían mis mortificaciones? ¿Para qué mis rezos? ¿Morirían menos niños por ellos? ¿Habría menos hambre en el mundo? ¿Más paz?

### **UNA LABOR INUTIL**

Tiempo después (una vez fuera) me hizo llorar un personaje mitológico representado en dibujos animados. No recuerdo cómo se llamaba, pero en la escena había un griego, dentro de lo que parecía ser el cráter de un volcán, elevando, con mucho esfuerzo y sudor, una enorme piedra circular que, al llegar a la cima, los dioses empujaban de nuevo al precipicio para que él volviese a subirla una y otra vez, y otra, y otra. Eternamente.

Recuerdo que el patente dolor del personaje, sus incesantes quejas, se debían a la comprobación de la inutilidad de su trabajo.

Recordando, la inutilidad del mío durante mis años en el Opus, me emocionó hasta el llanto aquel episodio.

### **LA HACEDORA DE CILICIOS**

En el planchero, mientras unas repasábamos, cosíamos, o planchábamos la ropa, otra numeraria auxiliar, ¿cómo se llamaba...?, sólo recuerdo que era gallega y muy mayor (ella no estaba haciendo el curso de preparación), pertrechada de rollos de alambre y de unos alicates, se dedicaba, con mucha maña, a hacer cilicios.

Había otra numeraria auxiliar, también mayor, aunque no tanto como la anterior, que era la encargada de hacer hostias, lavar a mano, planchar y preparar los manteles y paños del altar, cuidar que las velas estuviesen en perfecto estado, en fin todo lo relacionado con el cuidado del oratorio.

Alguna vez le ayudé en esas tareas y, tanto ella, como la gallega, me parecieron tristes y amargadas. ¿Se habrían dado cuenta de que habían desperdiciado su vida haciendo de criadas (sin sueldo, sin seguridad social y sin aprecio por lo realizado), para unas señoritas que, aunque también padecían lo suyo, serían para siempre sus dueñas?

### **LA PULSERA**

En Navidad se nos permitió pedir un regalo. Había que hacer una lista con lo que deseáramos, poniendo el objeto preferido en primer lugar y, tras él, el segundo, el tercero etc., en orden de apreciación.

Yo, teniendo en cuenta de que se acercaba la comunión de mi hermana (iba a ser ese año), y conociendo que, a los del Opus, no se nos permitía hacer regalos (recibirlos sí),

creí oportuno pedir una pulsera, que pensaba no estrenar, para regalársela a Margarita cuando asistiera a su ceremonia. Me engañé pensando que, como ya no habría que comprarla, admitirían que me desprendiera de ella en favor de mi hermanita. Más tarde comprobé que esa estrategia no me sirvió de nada.

Cómo la puse en el primer lugar de la lista, los Reyes Magos me concedieron la pulsera.

La guardé.

## **LA COMUNIÓN DE MARGARITA**

Pasaron los días y, cuando se acercaba la fecha de la comunión, hablé con la directora contándole que tenía un documento en el que constaba que podía asistir al evento.

Me contestó que no se harían excepciones conmigo. Los del Opus no podíamos asistir a comuniones, bodas, bautizos, reuniones familiares, etc...

-¡Pero, mis padres me dejaron ser de la Obra con la condición de que fuese a esa comunión! -Dije excitada.

-No importa -contestó ella-, las normas son las normas y no se las puede saltar uno a la torera.

-Pero, la señorita Marta dijo...

-No insistas, te digo que no irás, y no irás.

Me fui de allí con la sensación de que alguien me había tomado el pelo.

Aquella noche, lloré hasta quedar dormida. Estaban pisoteándome la pequeña ilusión que había permitido florecer en medio de un desierto carente de todo estímulo. Le negaban el agua a la flor de mi alegría.

No me rendí. Las promesas se cumplen. Yo las estaba cumpliendo toditas, dejándome, para ello, tiras de piel de felicidad en cada púa de las mortificaciones.

Insistí un día, y otro, y otro, y otro... Y lloré en silencio cada noche en mi cuarto. Lloré, lloré, lloré...

Una mañana, me llamó la directora a su cuarto y me comunicó que podría asistir a la comunión de mi hermana acompañada de una señorita. Se me iluminó la cara con una sonrisa, le di las gracias y me fui de su despacho más feliz que un niño en una feria.

## **RECIBIR Y NO DAR**

Unos días más tarde le comuniqué a la directora que tenía intención de regalarle a mi hermana la pulsera que había pedido a los Magos. Hubiera podido llevársela en secreto, nadie sabía ya de aquella pulsera, jamás se fijaron si lucía o no la joya en mi muñeca. Pero, había que consultarlo todo, era ése el buen espíritu de la Obra, y yo era una buena hija del Padre.

Y, naturalmente, ella me pidió no hacerlo. En vano fue contarle que no habría que comprarla, que era mía y quería dársela a mi hermana como regalo de comunión.

-Tú no tienes nada tuyo -me recordó-, las cosas que usas, incluso esa pulsera, pertenecen a nuestra familia. Ya sabes que somos pobres y los pobres no podemos hacer regalos.

No entendía su postura, la pulsera existía, fuera yo pobre o no, la pulsera ya estaba comprada, entonces..., ¿qué más daba si la llevaba yo o mi hermana? No suponía ningún gasto extra.

Dijo no, y fue no. Y en esto no me atreví a insistirle demasiado no fuera a ser que perdiera el otro privilegio concedido.

## **EL NO REGALO**

Me presenté en mi casa, mejor dicho, en casa de mis padres, acompañada por (para ellos) una extraña, pero a mi hermana no le importó, lo que ella deseaba era...

-Mira Amapola -me dijo ilusionada-, esta medalla me la ha regalado la abuela Dolores; este anillo: fulanita; este..., y, ahora, me falta tu regalo.

Yo me quedé de mármol. ¿Qué podía decirle?

El banquete se celebró en un restaurante. Pensé en cómo habían cambiado mis padres desde mi comunión, ya no les importaba gastar lo necesario en aquel evento. Tampoco le privaron a mi hermana de los dineros que le dieron cuando, de casa en casa, fue entregando los recordatorios. En su día, los que me dieron en mi comunión los empleó mi madre para comprarse una plancha eléctrica.

Al día siguiente, sintiendo nuevamente la sensación de que mis padres ya me habían dado por perdida, regresamos a Molinoviejo.

La flor de mi antigua ilusión ya había dado su fruto, y ahora ya no quedaban más flores que regar. El panorama que tenía ante mis ojos era árido y estéril.

Dios era para mí algo etéreo y distante, no podía hablar con Él. Mejor dicho, era Él el que no podía hablar conmigo, y yo necesitaba dar amor, estaba ansiosa de poder dar mi cariño a alguien.

## **CUMPLEAÑOS**

Llegó el 15 de junio y cumplí 18 años. No se me hizo ninguna fiesta, tampoco tuve regalos, pero ya estaba acostumbrada. Fue un día como otro, no esperaba más. Si lo sentí, si tuve alguna pena, seguro que me sirvió como una mortificación más para ofrecer en aquella jornada, quizás a cambio de ella pude comerme la pieza de fruta que más me apeteciera. O, quizás no la comí tampoco aumentando así el número de mortificaciones.

La almohada de mi cama volvió a empaparse de agua salada y tibia aquella noche.

Algunas tardes, en el tiempo destinado a la tertulia, salíamos a pasear por la parcela que había junto al internado. Un día de aquellos, trajeron un burrito de no sé donde, con el que nos divertimos un rato, y en el que, subida a su lomo, me sacaron una fotografía. En ella (donde aparezco rodeada de unas cuantas compañeras y con la granja de animales detrás), se pueden apreciar los delantales que llevábamos. No bastaba con lucir un uniforme distinto al de las señoritas (ellas llevaban una bata blanca), para recordarnos que éramos criadas. Además del usted entre las de carrera y las que no, nos distinguían nuestros delantales.

Me ponía muy triste pensar que yo siempre tendría que llevar aquella indumentaria. No era para eso para lo que había dejado a mis padres, a mis amigos, y la tienda donde trabajé. Alguien me había engañado, quizás me engañé a mí misma: "me voy para estudiar", ¿por qué no indagué más antes de dar aquel paso?, ¿hubiese tenido capacidad de aprendizaje en el caso de que me hubiesen dado estudios como creí que iban hacer?

"Dios, todo ha desembocado en mi entrega total a Ti. Sin duda Tú lo habrás planeado todo para que sucediera esto".

## **LAS FLORES**

Cuando pasábamos a limpiar la zona residencial, entre otros cometidos, tenía a mi cargo la limpieza del despacho y la habitación de don Octavio, el sacerdote que venía a nuestro oratorio a celebrar la misa, nos confesaba y, también, nos daba alguna clase.

Además de hacerle la cama, limpiar su aseo, encerar y sacar brillo al suelo, o, igualmente, encerar y sacar brillo a los muebles que eran de estilo castellano, a veces (provista de lija, nogalina y cera), reparaba algún cerco, de la huella de un vaso dejado la mesilla.

Me gustaba que, como se me había enseñado, quedara todo perfecto, ordenado y pulcro, y, una vez acabada la faena, echaba un último vistazo para quedarme satisfecha de la labor cumplida. No obstante..., aquellos muebles tan oscuros..., aquella decoración tan austera..., aquella mortecina luz..., me hizo pensar un día que, en aquel ambiente, faltaba algo..., un toque femenino, algún detalle que alegrará el ánimo en lugar de ensombrecerlo más de lo que la vida de mortificaciones ya le proporcionaba al morador de aquel lugar.

Así que tomé una decisión. No la consulté por no perder mi limitado tiempo en buscar a la directora, de todas formas sabía que ella aprobaría mi idea, al fin y al cabo no iba a costar dinero, no me podría decir: "No, porque somos pobres".

Por la mañana, antes de pasar a la residencia, sacando tiempo de no sé donde, salí al jardín de nuestro lado.

Junto a un gran árbol de hoja perenne, habían brotado unas florecillas de color lila semejantes a las violetas que, si bien carecían de su olor, eran incluso más lindas que éstas.

Me agaché y, con premura, fui cortando las delicadas flores hasta obtener un pequeño ramillete. Luego, con ellas en la mano, volví a la fila de las chicas que esperaban para

pasar a limpiar (nadie preguntó nada, vivíamos la discreción hasta el máximo extremo), y, una vez dentro, busqué un vaso, coloqué en él las florecillas y las puse adornando la mesilla del cura.

Quizás fueron dos días, tres..., los que repetí aquella operación, luego fui requerida a la habitación de la directora y se me prohibió radicalmente y sin ninguna explicación que siguiera pasando flores para aquel cuarto. Pensé que quizás se hubiese interpretado mal mi procedimiento. "Tal vez -me dije-, han creído que me había enamorado del sacerdote o algo por el estilo".

En el jardín seguían brotando flores que nadie disfrutaba. Eso me traía a la memoria los ramos que una señorita de Viaró colocaba en los cuartos de las "solo" numerarias; en los pasillos; en las salas...

En primavera o verano ponía rosas, y en otoño e invierno, salía al campo y traía lo que consiguiera por allí. A veces eran ramos de verdes hojas y otras, ramas retorcidas que, bien puestas, conseguían un bonito efecto. No recuerdo el nombre de aquella señorita, pero sí lo feliz que se la veía cuando canturreando, sabe Dios qué canciones, iba por los pasillos con sus adornos florales.

Volví a robarle tiempo a mi apretado "plan de vida" y flores al jardín. Pero esta vez, para adornar los cuartos de las señoritas (en nuestras camarillas, además de ser muchas, no había lugar donde colocarlas). "Que felices se pondrán cuando vean que alguien les ha premiado con un pequeño detalle".

A la señorita Valentina, mi directora de "confidencias", le elegí las mejores: unas aterciopeladas rosas de extraordinario olor e intenso color rojo.

Pero, nuevamente sin explicaciones, se me prohibió seguir con aquella iniciativa.

## **DETERIORO INTELECTUAL**

La inútil y agobiante rutina cotidiana, comenzó desgarrar mi malogrado ánimo.

No sabía precisar qué me pasaba. Notaba un tembleque interior, un nerviosismo que me impedía concentrarme en las clases o entender todo el contenido de las palabras que me dirigiesen.

En lugar de aprender, estaba desaprendiendo. La ortografía, que no había conseguido perfeccionar en mis interrumpidos años de escuela (durante mi niñez mis padres viajaron, por su oficio, a muchos pueblos), era ahora mi duro caballo de batalla: dudaba de las uves, las haches, y las jotas. No lograba poner las tildes en su sitio. Y, en vez de progresar..., olvidaba, olvidaba...

Mi señorita de "confidencias" me reprendió por no recordar las jaculatorias rezadas.

## **EL ELEFANTE ROSA**

Mis compañeras se rieron un día de mí en una clase, cuando, a la pregunta que me hicieron de: "¿De qué color es un elefante?", pensando en que éste era como un cerdo grande pero con trompa, contesté que el animal era de color de rosa.

"Necia, necia -me dije, una y mil veces-, no sirves para nada, ¿tú eres la que querías estudiar?"

¡Qué razón tenía mi padre cuando me decía que yo era una inútil!

En vano le pedía continuamente a mi "ángel custodio" que me ayudara con la memoria, que me echara una mano para que se me quedara lo que aprendía.

En lugar de aprender: olvidaba, olvidaba...

## **EL PABELLÓN**

En la leñera había una bicicleta vieja que nadie usaba. Y a mí, que jamás había montado en una, me apetecía aprender a llevarla, así que una tarde, cuando nos dirigíamos al pabellón para servir las cenas, la cogí de su rincón y fui haciendo equilibrios por la bacheada senda del trayecto. No sabía que el aparato tuviera frenos, nadie me había explicado el mecanismo de una bicicleta, así que utilizaba mis pies para frenar. De todas formas, éstos (los pies), estaban más en el suelo que en los pedales. A los dos días de haber rescatado la bicicleta de su abandono, volví a dejarla en su lugar, prefería caminar junto a mis compañeras, que ir haciendo malabarismos por el camino sobre aquel trasto.

En la cocina de aquel lugar de retiros y convivencias trabajaban dos chicas que, como la de los cilicios y la encargada del oratorio, no pertenecían al grupo de formación. Por su edad, ya haría algunos años que habían completado su curso sobre el conocimiento de la Obra.

Las dos tenían la mirada triste. Creo que, como yo, ya habrían llegado a esa etapa en la que una cae en la cuenta de que Dios no puede ser un ogro sádico que disfrute con el sufrimiento de sus hijos. Y apreciar que los sacrificios de uno son realmente inútiles, comprobando además de que una vez que se ha caído en la trampa de aquella "telaraña" no puedes escapar..., es descorazonador.

No es que me contaran sus impresiones, nadie de nosotras podíamos intimar con una compañera. Solamente a la directora de "confidencias" que tuviéramos designada era la persona con la que podíamos (y debíamos) hablar sobre nuestra vida interior. Por lo tanto mis deducciones podían estar erradas, sin embargo, estaba claro que aquellas chicas no eran felices.

Antes de pasar al comedor a servir las mesas, mi cometido era ayudar a preparar la cena, así que cuando llegaba me ponía bajo el mando de las dos chicas citadas.

Uno de aquellos días me hice el firme propósito de alegrarles un poco la existencia a aquellas dos almas de Dios, así que cuando se dirigían a mí para darme instrucciones,

les miraba a los ojos cariñosamente y les sonreía. Estaba segura de que si veían que alguien se interesaba por ellas, que les tenía afecto, cambiarían su taciturna mirada.

Poco a poco la cordialidad, el cariño que les daba, se fue haciendo recíproco, palpaba su amistad. Algunas noches, cuando regresábamos hacia el internado, volvíamos cogidas de la mano. Era reconfortante sentir la tibieza de la piel de otra persona, te daba la certeza de que no estabas sola en el mundo: en aquel mundo-isla en el que habías caído donde sólo se hallaban personas de tu sexo.

Y, ya que nombro el sexo, creo que debo aclarar que aquello que vivía en esos instantes, no era nada relacionado con el sexto mandamiento. Ya hacía muchos meses que (quizás debido a los castigos de más horas de cilicio cuando tenía un mal pensamiento), mi mente estaba tranquila de deseos impuros, podría decirse que, en ese aspecto, me había vuelto "ángel": no me atraían hombres ni mujeres, ni ningún otro ser, no vayáis a pensar que me gustara algún burro, perro, etc... Yo misma estaba asombrada de que no tuviese que luchar con ese pecado. En mi otra vida, en mi vida normal, cuando no conocido todavía al Opus, un simple chiste verde me excitaba placentera y pecaminosamente. Ahora sin embargo, ni aun los recuerdos de aquellas excitaciones me excitaban.

No obstante, la sensualidad transmitida a través del tacto de aquella mano en la mía, aunque no afectaba a mi sexo, sí lo hacía con mi corazón. Era una sensación cálida en el alma, un estremecimiento, una caricia. He de confesar que a veces me imaginaba que, de no haber sido atrapada por el Opus, quizás en esos momentos aquella mano fuese la de Juan o la de Carlos. Ciertamente no había dejado de pensar en ellos. El apretado "plan de vida" con su montón de jaculatorias y demás, no impedía que en alguna ocasión vinieran a mi memoria mis dos amores perdidos. Pero ese amor por ellos continuaba siendo puro, sin deseo carnal.

Necesitaba sentir afecto y lo buscaba también en la señorita Valentina, mi directora de "confidencias". Recuerdo que, cuando no había sitio en los asientos y muchas de nosotras nos acomodábamos en el suelo, procuraba apoyar mi espalda en sus piernas. Creo que la quería como a una madre, por eso también apreciaba su cálido contacto.

Supongo que ella se dio cuenta y movió los hilos que tuviese que mover para dejar de ser mi directora espiritual. No recuerdo el nombre de su sustituta, son muchas las cosas que he olvidado.

Un día llegó un sacerdote eventual que confesaría a toda aquella que tuviese que confesar algo inusual, aquello que no se atreviese a decirle al confesor habitual de la casa.

Yo, que sabía que en el Opus no se podían hacer amistades especiales, pensé que era el momento de confesar aquella falta. Así que, ni corta ni perezosa, pasé a confesarme con aquel cura.

Quizás no me expliqué bien, la verdad es que me daba algo de vergüenza hablar de aquello y lo hice con timidez, pero, la alarmada voz del sacerdote y el interrogatorio que me hizo a continuación, me hizo pensar que había cometido un pecado terrible. Tal vez cuando le hable de nuestras manos, él pensara que éstas las habíamos puesto en algún lugar secreto del cuerpo de la otra. Intuí que podría estarle pasando por la cabeza algo

así, pero no sabía como sacarlo de su error, me daba mucha vergüenza tener que hablar de aquellas cosas. Además, Dios conocía la verdad ¿qué más daba lo que él cura pensara de mí?

Pero él se quedó escandalizado. Me pidió que, en el momento en que abandonara el confesionario, subiese a buscar a la directora de la casa y le contase lo mismo que le había dicho a él. ¿Para qué servía un cura especial si no podías mantener con él un secreto de confesión?

Tal como me recomendó el sacerdote, subí al instante al despacho de la directora y le conté el, ridículo, episodio de la mano. Me sentía realmente culpable pues sabía que en la Obra no se pueden hacer amistades especiales entre nosotras, pero, por otro lado, debido a que no sentía deseo carnal por las mujeres, que no había pecado contra el sexto mandamiento, no consideraba que mi falta fuese tan grave como para ir a contársela a la directora. Sin embargo, allí estaba, con un nudo en la garganta que me impedía hablar, intentando explicarle, lo que (ni yo misma sabía bien) había pasado con esas dos chicas del pabellón.

Me hubiese gustado decirle que no pensara mal, que realmente no había ocurrido nada sucio entre nosotras, pero me limité a relatarle los hechos algo confusamente, quizás incoherentemente, últimamente la memoria me estaba gastando malas jugadas, o quizás fue la timidez o el azoramiento de la situación. La cuestión es que me quedó la sensación de que se estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

La directora no opinó, ni me preguntó nada. Me escuchó atentamente, dando cabezazos afirmativos y, sin darme un solo consejo, me dijo que volviera a mis ocupaciones.

Aquella misma semana me cambiaron la faena, ya no tuve que ir más al pabellón.

En cuanto a las chicas implicadas en mi tontería, no supe a donde las habían mandado, solo sé que desaparecieron, por unas semanas de la casa. Me imaginé que a ellas, que tampoco habían cometido pecado alguno, tras un interrogatorio que quizás no supiesen a qué se debía, les habría caído una buena reprimenda y un traslado a..., vaya usted a saber donde.

## **SOLEDAZ**

Me sentía desamparadamente sola.

No me bastaba con el cariño que me pudiese tener Dios. Necesitaba una sonrisa, una palabra de aliento, un abrazo...

Por aquellos días, comencé a notar unos temblores internos muy desagradables que no podía controlar.

Tuve que ir al despacho de la directora, esta vez, a contarle mi mal estar físico para el que me entregó (sin consultar a médico alguno), una diminuta pastilla que..., quizás me alivió algo.

Luego, comencé a necesitar aquella ayuda que, por otro lado, a la vez que me calmaba, me impedía la concentración en las clases, por lo que todavía me sentía peor.

"Eres una inútil, inútil, inútil..." hubiera dicho mi padre de poder verme en aquella situación. Y, sí, era una inútil. ¿Era yo la misma chica que destacó tanto en su último año de colegio? No, aquello fue una excepción, yo no era más que una "buena para nada".

La comida me daba náuseas y, aunque no lo notara, había empezado a adelgazar.

Una tarde, desesperada por mi continuo temblor, subí nuevamente al despacho de la directora para que me diese la consabida píldora, pero no la localicé. Estaría recibiendo la "confidencia" de alguna de las chicas o señoritas que tuviese encomendadas, o..., la cuestión es que no di con ella y, no podía aguantar más aquel agobiante estado en que me encontraba, así que, como sabía donde guardaba las pastillas, abrí el botiquín y cogí la que se me administraba, ya le daría cuenta de mi acción cuando la viese. ¡Dios, cómo se puso cuando se lo conté! Prometí, sin entender muy bien el motivo, no volver a coger ningún medicamento que no viniera directamente de sus manos o de las de alguna otra señorita.

## **ME EXTRAÑÓ ENCONTRAR AL SACERDOTE EN LAS CAMARILLAS**

Una mañana, subí corriendo a mi cuartito para coger la disciplina e ir a azotarme al baño (ya que la cortina no aislaba lo suficiente del acto que iba a realizar), y, al entrar en mi camarilla me encontré al sacerdote y a la directora revisando mi armario. Me quedé de piedra ¿Qué buscaban allí? No recuerdo si se me dio alguna explicación. Ese episodio lo había olvidado, pero hace unos meses, recordando aquellos días, afloró a mi mente, y me pareció algo tan extraño que pregunté a los participantes de un foro al que entraba si a alguien le había pasado algo parecido.

Se me dijo que sí, que se hacían revisiones periódicas a los armarios de las chicas porque, comprobando el orden de éstos, adivinaban el orden mental de cada una de ellas.

## **MALESTAR FÍSICO**

Empeoré y decidieron llevarme a una doctora (del Opus, naturalmente), que tenía su consulta en Madrid. Se me dijo que no tenía nada grave, pero que debía tomarme unas pastillas efervescentes, de sabor a naranja, con la comida principal (cuyo olor me repugnaba y no digamos su sabor), y un vaso de leche con galletas a media mañana.

No sé si me sirvió de algo el tratamiento, yo me sentía fatal.

Una noche, cuando llevaba ya unas horas dormida, me despertó un terrible dolor en el abdomen. Cambié de postura; encogí las piernas; las volví a estirar; le pedí, mil veces, ayuda a mi custodio (para ése y otros menesteres se nos había puesto a nuestro lado el invisible ángel, o ¿no?); recé a Dios..., pero nada, el dolor seguía ahí.

Intenté levantarme para ir al lavabo y..., al incorporarme..., un súbito chorro de detrito salió disparado de mi boca yendo a aterrizar en el pavimento de mi alcoba. ¡Qué

bochorno, no tenía nada a mano con qué limpiar el maloliente vómito! Me puse a llorar de impotencia.

-¿Te encuentras mal? -preguntó una de mis compañeras de camarilla.

-Sí.

Al momento descorrió un poco mi cortinilla y asomó la cabeza. -¿Qué ha pasado? -dijo al ver el desaguado.

-No me dio tiempo de ir al lavabo -dije llorosa-, ni siquiera me di cuenta de que fuese a vomitar, fue tan repentino...

-No te preocupes -comentó-, ahora mismo voy a avisar a una señorita.

Al momento apareció la señorita Valentina y se hizo cargo de la situación. Yo estaba abrumada.

-Ahora voy a buscar algo para limpiar esto-, le dije incorporándome.

-No, eso lo haré yo. -Dijo desapareciendo y, al momento llegó con lo necesario para la operación de limpieza.

-Traiga, señorita -dije avergonzada de que una señorita tuviese que limpiar algo tan asqueroso-, ya lo hago yo.

-Tú tranquila -comentó mientras limpiaba-, ahora descansa, y mañana quédate en la cama. Yo tengo que marcharme a Madrid en el primer tren, pero ya le dejaré a la directora una nota.

Cuando las demás chicas acudían a sus ocupaciones, yo respiré tranquila. Ese día podía quedarme en la cama.

No había estado ni un solo día enferma. Si tuve algún catarro, e incluso alguna gripe, se la ofrecía a Dios, como un sacrificio más, y seguí en pie aguantando como una jabata. Pero hoy la señorita Valentina me había dicho que permaneciese en la cama. ¡Cuanto bien me iba hacer aquel reposo! Lo necesitaba, estaba cansada, agotada, extenuada.

Ahora comprendía por qué mandaban a aquellas jóvenes señoritas a descansar a Viaró y otros internados. Quizás me mandasen a mí también un día de éstos. ¡Que bien se estaba en la cama!

"Yo tengo que irme a Madrid pero le dejaré una nota a la directora para que sepa que estás enferma".

Cuando ésta viera lo que la señorita Valentina le comunicaba en el papel, me enviaría a alguien con el desayuno. Me vino a la memoria la escena de la monja trayéndome chocolate caliente, cuando (en aquellos ejercicios espirituales, los primeros, que hice, recomendados y en compañía de doña M. M.), me mareé en la misa.

## **NADIE ME ECHÓ DE MENOS Y NO ME TRAJERON LA COMIDA**

Fue pasando el tiempo y nadie se acercaba a mi alcoba. Oí los ruidos de los enseres del desayuno y me dije que cuando todas acabaran de desayunar, vendrían a traerme el mío.

Tenía mucho hambre, teniendo en cuenta que la cena la había arrojado por la boca aquella madrugada, era de lo más normal estar famélica.

Se extinguieron los ruidos del comedor sin que nadie apareciera por mi cuarto.

Ahora me encontraba más o menos bien. "¿Y si me atreviese a bajar a desayunar?" No, no podía hacer semejante cosa, la obediencia era uno de los tres votos que había que cumplir a rajatabla. Fui al cuarto de baño y bebí agua, estaba claro que aquello sería mi único desayuno de aquel día. ¿Se habría olvidado la señorita Valen de dejar la nota que me nombró? Nadie venía a interesarse por mí. Estábamos acostumbradas a no hacer preguntas, si alguna vez observábamos que faltaba alguien, suponíamos que estaba en otro lugar que le habían asignado aquel día, quizás para unas horas, para unos meses, o para siempre. Me sentí terriblemente sola. Lloré y le ofrecí mi llanto a Dios.

Llegó la hora de la comida y..., como en el desayuno, nadie me echó en falta, nadie se acercó a mi cuarto, nadie me trajo un trozo de pan.

En Viaró, para dejarme pitar, me habían hecho un concienzudo examen médico. A mí y a todas las posibles pitantes. En aquellos análisis se descubrió que M. C. S., por un problema físico ("corazón grande", me dijo la señorita Marta), nunca podría pertenecer a la Obra, al menos como numeraria auxiliar, como agregada podía estudiarse. Pero de momento no le plantearían la vocación.

En la lectura, que, periódica y gradualmente, nos hacían de los estatutos, habían llegado al capítulo donde se dice que no se admiten en la Obra a los homosexuales ni a los enfermos.

No había duda que todas las chicas estábamos fuertes y sanas. Ninguna nos quedábamos en cama por una tontería. Si yo lo estaba ahora, era por obediencia: "No te muevas de la cama ya avisaré etc..." Me levante nuevamente para ir a beber agua, tenía la boca como el estropajo.

Fueron pasando las horas sin que nadie me viniese a ver.

Aquel día la tertulia la hicieron en una parte de la parcela algo alejada de la casa, y en mi entorno sólo se oía el silencio. No sabía que era peor, si aquel silencio o el ruido estremecedor del silbido de los pinos cuando, en invierno, acostada en una de las mesas del piso superior (por lo de la mortificación de dormir un día a la semana en tabla), me impedían dormir con su quejido.

Tampoco me gustaba el ruido que hacía la disciplina cuando pegaba en mi espalda.

Pero el silencio de aquel día de soledad, era abrumador. Estaba empachada de silencio y hambrienta de comida.

No sé en qué momento se percataron de mi ausencia, tal vez hubiese llegado ya la señorita Valentina de Madrid, no lo recuerdo. La cuestión es, que una auxiliar me trajo un vaso lleno de zumo de naranja, que me supo a gloria bendita. Nunca en la vida había tomado algo tan bueno, aunque..., quizás se le podría comparar el bocadillo de jamón

que desayuné en aquella visita relámpago a Pamplona, sí, aquel también había sido vivificante.

La naranjada me devolvió al mundo de los vivos. Me pidieron que me vistiera y, algo tambaleante, bajé a reunirme con las chicas de la tertulia.

Nadie preguntó por mi salud. A nadie le habían informado de la causa de mi ausencia. Escuché callada sus diálogos y risas. Dejé que el sol besara mis mejillas. Y, después de la tertulia, me reintegré a mis obligaciones en el planchero. Mientras veía hacer cilicios, pase la plancha por la prenda que tenía en la mesa. Había muchas batas y delantales que planchar.

## **A PESCAR**

Me llamó la directora a su despacho y me encomendó una nueva tarea. A partir de aquel día iría, dos días a la semana, con otras dos auxiliares, a Segovia.

Cogeríamos el tren en el apeadero que había al otro lado de la carretera, y nos presentaríamos en una escuela dedicada a manualidades y cocina que, con el fin de hacer proselitismo, habían montado en la capital segoviana. Intento recordar el nombre de la casa pero no me viene a la memoria, era algo así como Pedraza, o Pedralves, o... ¿Pedrosa?, desde luego algo relacionado con piedra.

Nuestro cometido era presentarnos en el aula como si fuésemos unas alumnas más. Y, ni debíamos decir que pertenecíamos al Opus, ni ponernos juntas en la clase. Íbamos allí de cebo. Ha hacer amigas a quienes, poco a poco, iríamos poniendo un progresivo plan de vida, y acercaríamos a la Obra.

Teníamos una canción que cantábamos en las tertulias que decía:

*En el mar hay peces GORDOS a millares,  
tú lo sabes, tú lo sabes,  
hay que hundirse entre las aguas sin pesares,  
y meterse por las cuevas sin temor.*

*Cuando ves un pez te pones a su altura,  
con soltura, con finura,  
le disparas el arpón con puntería,  
lo atrapas luego y se acabó.*

*A mí me gusta la pesca,  
pero pesca SUBMARINA,  
que perseguir a los peces,  
es una cosa divina.*

*A mí me gusta la pesca,  
sin anzuelo y sin sedal,  
que eso de esperar que piquen,  
no me va, que no me va,  
que eso de esperar que piquen,*

*no me va, que no me va.*

Ésa era ahora una de mis labores, atrapar personas para el Opus Dei: "No tiene buen espíritu de la Obra quien no trae , al menos, tres vocaciones al año".

Las alumnas eran chicas humildes, posibles numerarias auxiliares. ¡Claro que no iban solo tras los peces gordos, necesitaban también criadas!

Una tarde, cuando se sortearon los platos que se habían enseñado a hacer y cocinado aquel día, resultó que uno de ellos, un apetitoso guiso hecho en cazuela, fue a parar a las manos de la chica que se sentaba a mi lado. No recuerdo su nombre (¡cuantas cosas he olvidado!), solo sé que aproveché la circunstancia para comenzar la (interesada) amistad que le condujera, cuando estuviese preparada, a pedir la admisión en la Obra.

Todo lo que hablaba con ella debía de transmitírsele a mi directora, la cual me orientaba en como llevar a cabo el proselitismo. La chica, en cuestión, prometía, iba cumpliendo las (en principio), pequeñas normas que le dictaba.

No sé que idea se hacía del Opus Dei, ni siquiera conozco si sabía que la escuela a la que asistía pertenecía a la Obra, por lo que a veces me pregunto por qué me permitía a mí (una chica normal y corriente), que me metiese en su vida espiritual dándole pautas a seguir de índole religioso.

Yo no estaba convencida de lo que estaba haciendo, me parecía un engaño eso de ir introduciendo poco a poco, a aquellas inocentes chicas, en la boca del lobo. Nunca sabrían (hasta que no estuviesen dentro), nada sobre el cilicio; ni la disciplina; ni la tabla; ni el alejamiento de la familia carnal; ni de la soledad; ni de la obediencia ciega; ni de..., tantas otras mortificaciones.

El cebo tapaba el afilado anzuelo que las atraparía en el primer descuido. Recuerdo que se nos dio una charla, referente al proselitismo, en la que se nos instaba a transmitir la ilusión que "sentíamos" de pertenecer a la Obra.

"Si se os ve felices, si trasmitís alegría, muchas querrán pasar a formar parte de vuestra manera de vivir". Lo malo era que para obedecer esa norma, tenía que fingir. Yo no era feliz, no estaba contenta, pero lo disimulaba muy bien a la hora de hablar con mi posible 'pitante'.

Mi directora y yo estábamos tejiendo la tela de araña destinada a la segovianita. Pobre chica, no sabía lo que le esperaba.

## **PEOR QUE EN UNA CÁRCEL**

En mi camarilla, en un lugar inaccesible, estaba la única y diminuta ventana de toda la inmensa habitación. Era, más o menos, como de un metro de ancho, por medio metro de alto; tenía el cristal opaco y sus bisagras estaban en la parte horizontal de la parte de abajo, por lo que (para mantenerla entornada, en invierno y en verano, nadie la cerraba), de las esquinas de la parte superior, salían dos tirantes que se sujetaban a la pared. Su ventilación llegaba a todas las alcobas, ya que, como he contado, los tabiques de las

mismas no llegaban al techo. No obstante en la mía, al tenerla justo encima de mi cabecera, era verdaderamente molesta en invierno.

Algunos días, para entrar en calor, debía introducir mi cabeza bajo las mantas. Aquel lugar tan cerrado, me recordaba a una cárcel. No había visto ninguna pero, sin duda, debían de ser algo como el sitio donde me encontraba. Siempre me había asustado el significado de la palabra cárcel, encierro. Sin embargo ahora pensaba que era mejor estar en una cárcel que en aquella "prisión voluntaria".

De una cárcel, cuando se ha cumplido los años de condena, uno puede salir.

Pero, de esa "entrega voluntaria" nadie puede escapar, en caso contrario "Dios le castigará con el fuego eterno".

En una cárcel uno podía resistirse a obedecer los mandatos injustos, allí había que cumplirlos, a ciegas, sin hacer preguntas.

Y, lo que era peor, en la cárcel tal vez te castigaran pero nunca te harían llevar cilicio, ni azotarte con las disciplinas; pero en este lugar, no sólo debías sentir el castigo del cilicio y la disciplina, encima, para mayor inri, era una misma la que debía aplicarse el castigo; una misma la que, aunque no quisiera (una parte de tu mente te decía: "no lo hagas", y la otra: "debes obedecer"), se lastimaba sin piedad.

Cuando es otra la persona que te hace daño (te pega, te lastima, te ofende), una puede protestar, o llorar, por el dolor físico, o por el daño moral, pero, ¿cómo protestar por el dolor que se inflige uno mismo? ¿cómo llorar? Esas preguntas fueron haciendo mella en mi interior. Cada vez me sentía más triste, más cansada, más apocada y con menos ilusiones. Y creo que comenzó a notárseme.

No sé qué les hizo pensar que tenía que marcharme (nadie me aclaró nada), pero lo decidieron y pusieron la maquinaria en marcha: mi directora de "confidencias" debió hablar con la directora de la casa, ésta con su directora, la otra con la directora de la delegación... Leerían mi (vida y milagros) expediente unos ojos, otros, otros... (¿cuantos folios serían?), y, una vez puesta en marcha, la tarea de la despedida, no tenía vuelta atrás.

Sé que fue en otoño, porque cuando mi señorita de "confidencias" se sentó frente a mí en la salita del hogar, éste estaba encendido y crepitaba su leña cuando me dio la noticia: "Lo siento Amapola, pero usted no tiene vocación".

No sé si fueron ésas u otras sus palabras, el resultado era el mismo: O yo era una inútil, buena para nada y no servía para el fin que ellas me propusieron en su día; o, estaba muy, muy, pero que muy enferma, pues con lo que costaba conseguir una vocación..., no iban a desperdiciar la mía por una noñería; o, habían interpretado mal aquel asunto que llevé a la confesión extraordinaria...

¡Dios!, que injustas estaban siendo conmigo. Si era una inútil, ya me espabilaría, si una enferma, podrían curarme, en cuanto a lo que confesé... ¡Claro!, si pensaban que podrían gustarme las personas de mi sexo..., eso sí que no tendría remedio. ¡Pero no era así!, ¡a mí no me gustaban las mujeres!

"Esto será una prueba por las que todas debemos pasar en su momento, seguro que dentro de unos días, me llama la directora y me dice que ya la he superado, que no tengo que marcharme". Es verdad que le pedía a Dios que apartara de mí este cáliz, pero..., así no, desechándome por inútil no.

Unos días antes, había estado escuchando llorar hipando, noche tras noche, a una de mis compañeras de camarilla. Nadie se atrevió a ir a consolarla, nadie le preguntó nada, y, una mañana no apareció en el desayuno, ni en la comida, ni en la cena, simplemente, no apareció más.

Ahora era yo la que lloraba, pero en silencio, no quería que nadie supiese de mi dolor. Le ofrecía cada noche, aquella nueva pena a Dios, y, sin poder evitarlo lloraba mansamente hasta quedar dormida. "Eres una inútil, una buena para nada".

¿Cómo podía estarme pasando eso a mí..? ¡Si cumplía todas las normas..! ¡Si había veces que por no tener pecados no sabía de que hablar con el sacerdote, en mi confesión semanal "obligatoria"!

"Mañana me llamaran y me dirán que era una prueba. Se reirán y me dirán que no pasa nada, que siga con mi vida normal".

Cuando vinieron a avisarme para que fuese al despacho de la directora, fui esperanzada. Seguro que me reclamaba para decirme que había pasado la prueba. Seguro.

Llamé a su puerta y ella me hizo entrar. -Siéntese -me dijo, en sus manos tenía un sobre abierto y una carta-.

-¿Su abuela Dolores era muy mayor verdad?

-¿Mi abuela? -Pregunté temiendo lo peor.

-En esta carta -dijo blandiendo el papel-, cuenta su madre que su abuela ha muerto, la enterraron hace cuatro días.

En la carta me explicaba mi madre que mi abuela Dolores había muerto de repente: había ido al aseo y, sentada en el inodoro, dejó de vivir y se cayó al suelo. Decía también que no me avisaron para el entierro porque no hubiese llegado a tiempo para asistir al sepelio.

Al hacerme cargo de la noticia, el velo de tristeza que cubría mi alma, se hizo más tupido, más denso.

Precisamente aquel día, había una celebración en casa, puede que fuese la de la festividad de los ángeles custodios u otra, solo sé que, a la hora de la tertulia nocturna (para celebrar lo que fuese), se saco vino del destinado a la misa, "vino de consagrar" le llamaba la señorita Marta en Viaró. Creo recordar que también se ofrecieron pastas. Mas..., yo no estaba para celebraciones. Mi directora de "confidencias" se percató y, poniéndome una pastilla en la mano y, diciéndome que me la tomara porque me ayudaría a dormir, me mandó a la cama.

## **NO ME MERECEBA NI EL PAN QUE COMÍA**

Como me habían comunicado que no tenía vocación empecé a considerarme una extraña entre las que sí la tenían, una usurpadora de sus alimentos, una no merecedora de los asientos en las tertulias (decidí ponerme siempre en el suelo), una buena para nada, la inferior de todas ellas.

Por esos días llegó la fecha en la que, a las que habían pitado en el año en que yo le hice, les tocaba hacer la Oblación, así que las prepararon y, una tarde-noche, reunidas todas en el oratorio, fueron leyendo (una por una) ante el sacerdote, su renovada promesa de Pobreza, Castidad y Obediencia.

Yo, que sabía que no podría evitar llorar, me había colocado en el primer banco para que nadie me viera la cara, ni adivinara mi sufrimiento. Y, tal como imaginé, se apoderó de mí tal congoja, que aun no sé como pude aguantar el permanecer en mi sitio sin salir corriendo a gritar mi desamparo, mi soledad, mi aborrecimiento de mi misma.

## **COMO UN SECUESTRO**

Fueron muchos los días en que presentándome ante la directora le pedía que me dejara marchar a mi casa. "Si no tengo vocación, quiero irme ya. Por favor déjeme marchar". Y otros tantos los que ella me decía que hasta que no me dijeran el día en cuestión, debía permanecer en mi puesto cumpliendo lo que se me ordenase.

Pero no podía más, un continuo nudo me oprimía la garganta y, otro más fuerte, me estrangulaba el corazón.

Volví a subir al despacho de la directora, deshecha en lágrimas, y le dije que si no me daba permiso para irme, me marcharía sin más, que ya no aguantaba más aquella presión, que me iba a morir de pena.

Entonces ella, mirándome severamente, me dijo que como yo no tenía dinero no podría ir a ninguna parte. Así que, comprendiendo esa limitación, humillada y sin fuerzas para protestar, asumí mi derrota, le ofrecí a Dios mi sufrimiento y continué siendo: ("Hijas mías tenéis que ser el felpudo donde todo el mundo pise"): UN FELPUDO, ("Hijas mías tenéis que llegar a la cama exprimidas como un limón"): UN LIMÓN EXPRIMIDO, ("Hijas mías el burro de noria siempre hace lo mismo, gira y gira para sacar agua, vosotras también tenéis que dar vueltas y vueltas, aunque no entendáis lo que hacéis. Haced vuestra labor un día y otro y otro..., girad y girad como un burro de noria"): UN BURRO DE NORIA, ("Hijas mías, no podéis fallar porque sois el eslabón de una cadena y, si en una cadena falla un sólo eslabón, ésta se rompe sin llegar a completar su cometido") continué siendo el "ESLABÓN DE LA CADENA" que, aunque defectuoso, parecía ser que aún les servía.

Recibí otra carta de mi madre en la que me decía que, por las noches, tenía calambres en las piernas y se le dormían las manos. Ella sabía por qué, pero no me lo quería decir abiertamente.

Un mes más tarde, me comunicó que, a pesar de su edad (tenía 42 años), estaba embarazada. No recuerdo mi reacción ante aquella noticia, supongo que me alegraría todo lo que me permitiera mi profunda tristeza.

Llegó la Navidad y cantamos un villancico muy triste que decía así:

*Soy una mula mi niño, mi niño,  
pero te quiero, te quiero,  
cógeme de las orejas,  
dame un beso y otro beso,  
que yo no puedo besarte,  
que tendrás miedo...*

Mi madre me mandó un paquete con un disco de jotas; alguna otra cosa; y una bufanda que había tejido ella misma. Naturalmente, abrieron "mi" paquete y su contenido pasó a manos de otras personas. No tardé en ver la bufanda de mi madre en el cuello de una compañera. "Eso forma parte del espíritu de la Pobreza, nadie puede tener nada suyo".

Era curioso el espíritu de la Obra: se podían recibir regalos, pero no se podía regalar nada (aun no había estrenado la pulsera que se me impidió regalarle a mi hermana).

Estuve a punto de protestar por el asunto de la bufanda, al fin y al cabo, yo ya no tenía vocación, o sea, ya no tenía que cumplir las normas de Pobreza y Obediencia, pero..., le ofrecí a Dios mi sacrificio y no dije ni esta boca es mía. Seguí acudiendo a las clases de manualidades-captación, de Segovia. La chica que conquisté como amiga, cumplía a la perfección su "plan de vida", estaba entrando en la cadena, le faltaba un pequeño empujón que..., por cierto, no llegué a saber quién se lo daría ya que, en mayo me dijeron que preparara las maletas para marcharme.

## **NO SE ME PERMITIÓ DESPEDIRME DE NADIE**

Quise ir al maletero para recuperar las maletas que había traído que eran completamente nuevas, pero se me impidió hacerlo, en lugar de las mías, me entregaron las más viejas que pudieron encontrar.

La víspera de mi marcha se me pidió que escondiera el equipaje bajo la cama, para que nadie lo viera. Y, al día siguiente, impidiéndome despedirme de mis compañeras, salí acompañada por la señorita Valentina en dirección a la estación de tren que nos llevaría a Madrid, donde cogíamos un tren hasta Micast y allí un autobús hacía Basape.

El tren, como aquel otro que me apartó de mi familia y me condujo a Barcelona, era muy cómodo, seguramente se tratase de un Talgo. No sé si los billetes iban numerados, pero a la señorita Valen estaba sentada en un lateral y yo en el otro, así que decidí arreglar aquella contrariedad preguntándole amablemente, al hombre que estaba a mi lado, si le molestaría mucho cambiar su asiento por el de aquella señorita. Me dijo que no le molestaba en absoluto y fue así como pudimos hacer el trayecto juntas.

Ella, que llevaba un periódico, se puso a resolver el crucigrama de la sección de ocio, y, en ese momento descubrí que era la primera vez que yo reparaba en esa especie de juego.

-¿Como se rellena? -pregunté, viéndola escribir letras en las casilla.

-Es fácil -contestó, señalando con el bolígrafo el casillero-, primero se intentan colocar todas las palabras horizontales que se piden en las definiciones y, estas palabras te sirven hacen de pistas para resolver las verticales, que, como puede ver, también tienen sus propias definiciones.

En un momento del trayecto me preguntó que si me había llevado conmigo el cilicio, le contesté que no, y ella me dijo que, si lo deseaba, podría mandarme uno. Negué con la cabeza, tenía claro que si Dios no me quería en su Obra, no iba a llevar más tiempo aquel instrumento de tortura. Estaba decidida a volver a ser una persona normal.

Luego me dijo que si me habían planteado ser agregada o supernumeraria. Dije que no me ofrecieron esa posibilidad. Entonces me comentó que lo estudiara, pero le dije abiertamente que no necesitaba hacerlo, que tenía claro que ya no quería tener nada que ver con la Obra.

En otro instante me preguntó que si llevaba en mi maleta un libro de "Camino". No, no lo llevaba, lo había dejado a propósito junto al cilicio y las disciplinas. Prometió mandarme uno.

Recuerdo que también me preguntó (¡qué raro que todo lo hubiesen dejado para tan tarde! ¿por qué no me lo plantearon antes?), que si hubiese preferido ir a trabajar a una casa de supernumerarios en lugar de regresar con mis padres.

¡No, no deseaba ir a trabajar de criada en ninguna casa del Opus, lo que quería era cortar por completo con ellos!

Más tarde me dijo que en Basape me confesara únicamente en la iglesia de los misioneros (creo que son Benedictinos), porque ellos eran afines a la Obra. "La ropa sucia se lava en casa" y, en aquellas fechas todavía no había casa de ellos en mi pueblo.

No le prometí nada, así que jamás me confesé en esa iglesia.

El autobús que teníamos que coger en Micast, no pasaba hasta la tarde, así que tuvimos que quedarnos a comer en un bar-restaurant del lugar. Nadie nos esperaba en la estación de autobuses. Cogí las maletas y nos encaminamos hasta mi barrio. Cuando llegamos y llamé a la puerta, nadie contestó, por lo que decidí llamar a la puerta de la vecina de a lado. Pili, que así se llamaba ésta, me abrió y, amablemente, nos hizo pasar a su piso.

Poco después llegó mi hermana Margarita que se alegró de verme, se sentó en mis piernas y comenzó a llamarme de usted. Tuve que pedirle que me tutease. Estaba guapísima, la recordaba con una larga melena, pero ahora llevaba el pelo cortado al estilo paje, y le sentaba muy bien.

No sé cuanto rato estuvimos en aquella casa, finalmente decidimos bajar a la calle y fue entonces cuando vimos a mi madre. Llegaba de trabajar en la finca que se habían comprado unos meses antes de que falleciera mi abuela. Llevaba un vestido negro, por lo del luto de mi abuela, y un abultado vientre, le faltaban solo dos meses para dar aluz. Se la veía cansada.

-¡Dios mío -dijo con extrañeza, quizás no esperara que viniera nadie conmigo- pero si creía que vendrías mañana!

En casa de mis padres no había lujos, ni televisión, ni sofás, ni comodidades. Era una casa demasiado humilde y yo me avergoncé de no poderle ofrecer algo más adecuado a aquella señorita. Al día siguiente le enseñé a Valentina la catedral y otros lugares de mi ciudad.

Mientras pasábamos junto a las tiendas me preguntó que si necesitaba alguna prenda de vestir, le dije que no, pero ella insistió. Me compró unos zapatos (lo primeros que tendría de tacón) y una blusa. También me dio quinientas pesetas para mis primeros gastos en casa de mis padres. Entonces yo, aprovechando que tenía dinero, la llevé a una pastelería para que se pudiera llevar unos dulces de mi pueblo.

Aún recuerdo la cara que puso cuando le dije a dependienta: "Póngame unas flores de Basape". Debió pensar que me había vuelto loca ¡Mira que pedir flores en una pastelería! o, tal vez le recordó a las flores que nunca debería haberles puesto a las señoritas en sus cuartos unos meses antes.

La chica que nos atendía, sin extrañarse en absoluto de mi petición, cogió una caja en la que se leía "Flores de Basape" y, envolviéndola para regalo, me la entregó a cambio de su coste.

En la madrugada del siguiente día, la acompañé en el autobús hasta Micast donde cogió el tren de vuelta.

Fue en vano que me quedara en la estación para decirle adiós desde el andén, ella no se asomó por la ventanilla.

Con un nudo en la garganta e imagen distorsionada por las lágrimas, vi pasar todos los vagones. Después..., cuando desapareció el tren, comprendí que la vida de mis últimos cuatro años se alejaba también con aquella locomotora. "Si lloras por haber perdido el Sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas".

Luego, sentada en el autobús que me regresaría a Basape, una terrible sensación de desamparo me hizo estremecer.

El futuro que me esperaba tras la puerta de aquel coche, era totalmente distinto al que se había planeado para mí, cuatro años antes. Para éste no estaba preparada.

Hay una canción que cantaba Conchita Piquer, en "Nobleza baturra", que dice en unas estrofas:

*La paloma que en sus alas  
lleva la señal del plomo que la hirió...,  
lanza al viento su quejido de dolor...*

Así me sentía yo: un pajarillo con las alas rotas.

No fue fácil salir adelante, pues mis padres, al comprobar que llegaba con las manos vacías de dinero, no me recibieron, precisamente, como a un hijo pródigo.

También me fue sumamente difícil adaptarme a la vida que llevaban las chicas de mi edad ya que yo estaba totalmente desfasada.

En cuanto al amor...

Ésa es otra historia que no encaja en estas páginas.

### **FIN**

He dejado ver lo más profundo de mi alma en esta narración, incluso he relatado algunos sucesos (como el del elefante rosa), que me ridiculizan y otros que me hacen parecer egocéntrica ya que parece que los expreso con la única intención de dar lástima.

Pero, lo que he contado, ha sido para que sirva de referencia a quienes todavía estén a tiempo de poder elegir su camino ¡Ojalá! llegue hasta sus ojos y puedan entender el mensaje.

Un abrazo para todos los que hayáis tenido la paciencia de leerme.

**Amapola**